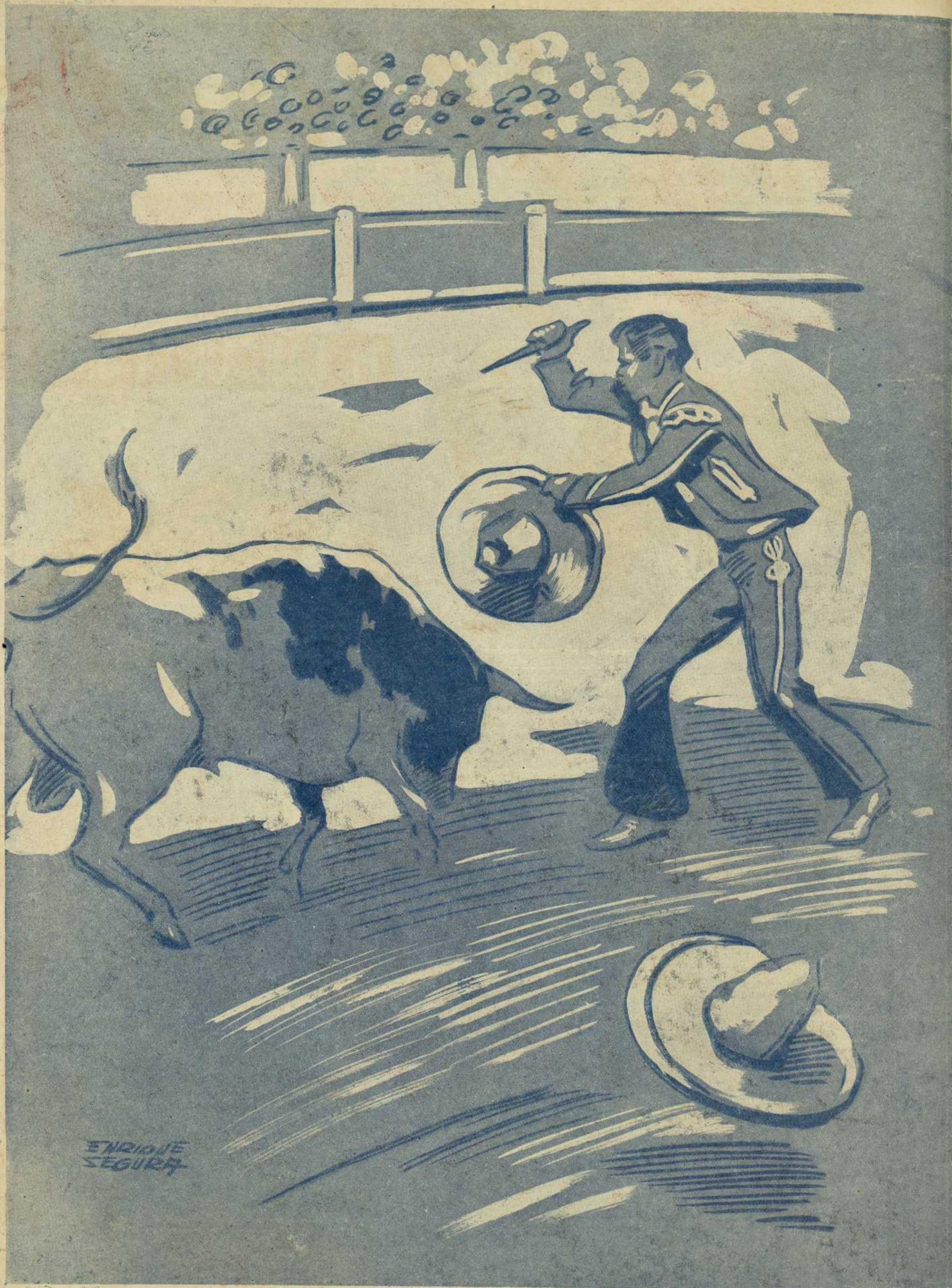


# El Ruedo



2  
Plas.

JAAVEDRA



La suerte del puñal



# El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año IV - Madrid, 2 de enero de 1947 - N.º 132



Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana

DE LA TEMPORADA QUE PASÓ

## EL CARGAR LA SUERTE



Manuel Alvarez, Andaluz

PARA consumir las suertes, decía don Amós Salvador en su «Teoría del toreo», «la primera necesidad es fijar la vista del toro y obligarle a tomar la suerte, que es lo que se llama «citar»; pero apenas inicie el movimiento el toro, se hace forzoso quitarle del cuerpo, echarlo fuera y señalarle un terreno y una salida, todo lo cual se comprende en la frase «cargar la suerte». En efecto, todos los tratadistas, a compás de la evolución del toreo, han venido señalando esta condición inexcusable del torear, y todos han partido de la necesidad de desviar al toro de su ruta al verificar los lances. Así estaban las cosas hasta la reciente revolución taurina, en la que al toro no se le desvía de su viaje, sino se coloca en él el engaño, y el cuerpo del torero todo lo cerca posible de la cabeza del toro, pero no de frente a ella, ni siquiera en una razonable posición para dar la sensación de que el que cita es el diestro y no el engaño.

Esto venía haciéndose, y no lleva trazas de que varíe el sistema que ha encontrado la adhesión ardorosa de toda la afición recién llegada a la fiesta, que acabará haciéndose veterana en ella y hablará pronto con argumentos de autoridad y antigüedad en la afición. Con tal sistema, el cargar la suerte es superfluo. El toro va por su camino y el torero ha encontrado el punto desenfilado en el que puede esperar la arrancada disponiendo, como disponen hoy muchos, del valor suficiente para situarse en ese sitio y desde él presenciar el paso del toro.

El ejemplo de Belmonte había traído la consecuencia de que el cargar la suerte se hiciera, no al citar al toro o al hacer que fijara la vista en el engaño, sino trayéndole toreado en él y en él embestado, marcarle la salida en el centro mismo del lance, desviarle en esa fracción de segundo en que el embroque parecía inminente.

La tradición parecía perdida; mas he aquí que una tarde, en la Plaza de Madrid y en la ocasión más solemne de la temporada (corrida de Beneficencia, a la máxima presión, cartel, toros y apasionamiento), un torero postergado por las absurdas preferencias del público y por el más absurdo empeño de las Empresas de hacerle estrellarse con gayumbos rechazados por las que se llaman «figuras», se coloca casi de frente al toro, cita con el capotillo interpuesto entre su cuerpo y el de la

fiera, no sesgado para marcar la oblicua al toro antes de entrar en jurisdicción, aguanta la embestida y en un armónico esfuerzo de brazos y cintura marca al toro la salida cuando el embroque parecía inevitable. Esto lo repite una y otra vez en una serie de lances inolvidables, y después con la muleta, manejándola al natural, torna a suspender la atención de todos y a suscitar el entusiasmo por el mismo procedimiento de torear.

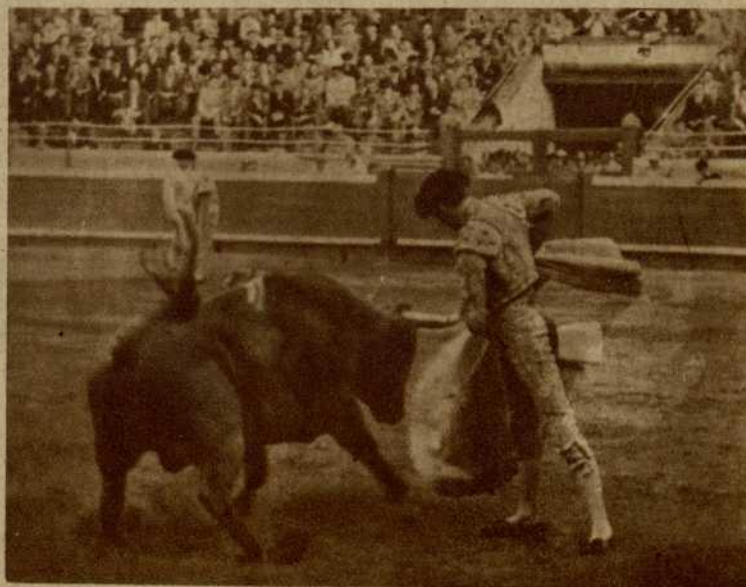
El torero era un Vega de los Reyes, Rafael, el gitano de Triana, lo que no es apodo, sino sencilla realidad llena de gracia. La reacción del público tuvo mucho de sorpresa. No era el girar del toro alrededor de un palo fijo y estoico que se imponía como suprema técnica y suprema estética del torero. Era un juego lleno de armonía en el que la ruta desviada del toro y su acometer dinámico y brutal se conjugaba con el flexible girar de la cintura, con el adecuado moverse de los brazos. El justo correr del engaño no sólo está mantenido y guiado por los brazos, sino que todo el cuerpo parece acompañar el quebrado viaje de la res y componer con ella un grupo de conjugados ritmos en el que consiste la mayor belleza del toreo. Pues bien, amigos míos: lo sucedido era tan sencillo como inesperado. Rafael, el gitano de Triana, había cargado la suerte. Y había demostrado lo que es esencial en todas las artes constructivas, a saber: que la máxima perfección técnica, que la solu-

Luis Miguel Dominguín

ción profesional más lógica, es la que encierra la mayor belleza. Aquellos lances contruídos sobre la base de no escamotear ningún tiempo a las suertes, de pasarse el toro toreado y no aguardar desde el punto muerto de la suerte a que él pase ante el cuerpo, muchas veces sin haber tomado aún el engaño, eran una revelación en la epidemia estatuaría que padece la fiesta.

Fecha memorable la de la corrida de Beneficencia de 1946; fecha memorable por esto, y por otras cosas que aquella tarde pudimos contemplar. Pero me temo que aquella ráfaga de auténtico arte taurino que entonces vimos se quede en eso: en una ráfaga, en un destello sin continuidad. ¿Se decidirán los toreros a probar la belleza del «cargar la suerte», nuevamente, o seguirá siendo su guía el toreo de perfil, de media cara, de medio lance?

JOSE MARIA DE COSSIO



# AYER Y HOY

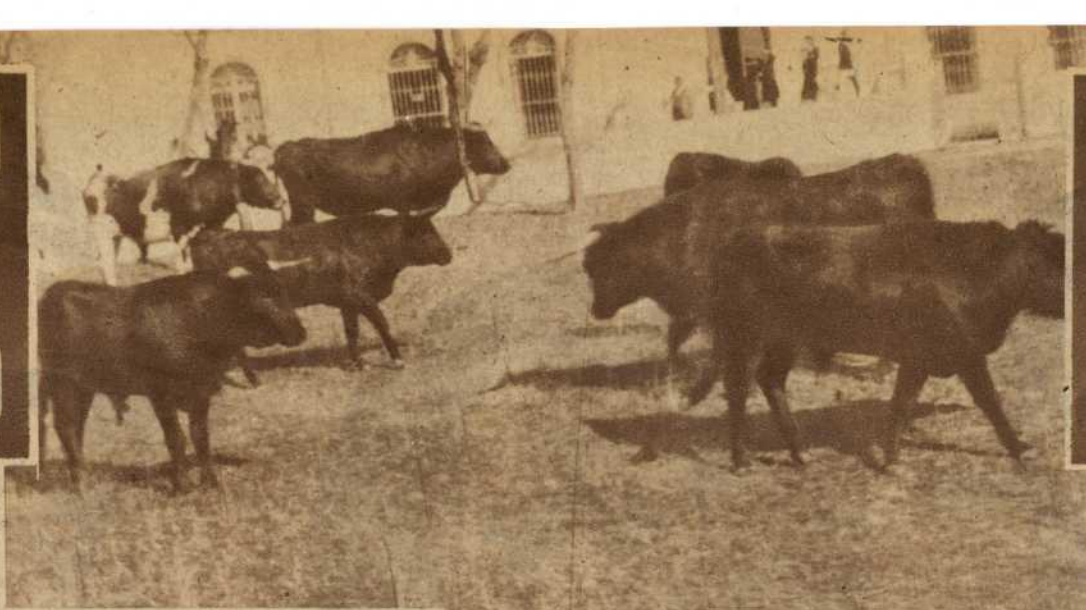
## "EL REGALO DE REYES"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO

# EL TORO EN EL CAMPO



Tienda de vacas  
en  
"La herguijuela  
de  
Doña Blanca"



A las orillas del  
Tiétar se ha ve-  
rificado la tiente  
de vacas  
uteras de la  
ganadería de  
Hijos de A. Ca-  
merano. Ante  
el palacio de la  
finca aparecen  
varias de las re-  
ses que fueron  
probadas

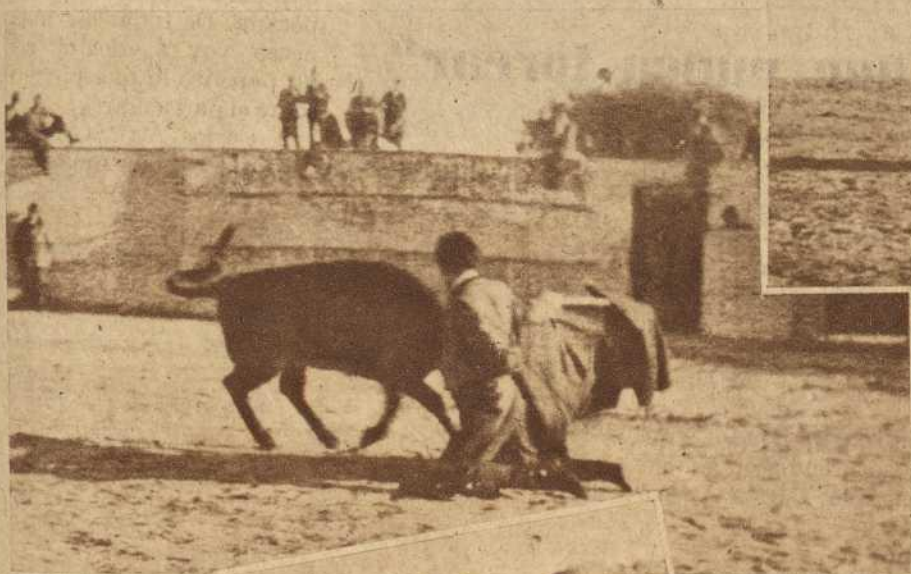


En la tienda tomó parte preferente el picador Pablo Suárez, Aldeano, que aquí aparece con el doctor Giménez Guinea, el ganadero señor Camerano, el matador de toros Albaicín y el de novillos Paquito Muñoz

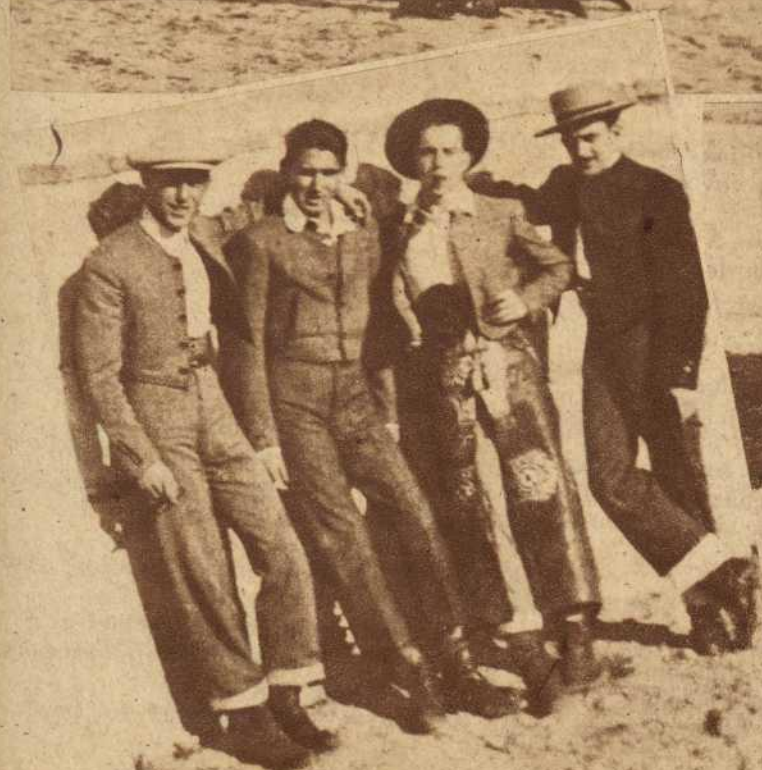
... al que vemos dando una manoletina de rodillas



El Albaicín torea con  
la izquierda a una  
becerra...



Paquito Muñoz, es  
un ceñido muletazo



En un descanso posan para el fotógrafo Vicente Fauró, Paquito Muñoz, José María Camerano y don Eduardo de Aguinaco



Los ganaderos, con los toreros y los señores de Nurales y Giménez Guinea y otros invitados a la fiesta



## CARLOS ARRUZA, aun no sabe si toreará en Méjico

Ante el anuncio de su retirada, el diestro mejicano dice que los hombres deben tener un límite en sus ambiciones

"Hoy es más difícil que nunca torear"

Uno de los pocos temas taurinos interesantes que nos quedaban para este invierno acaba de morir con las últimas horas del año. Ya no volveremos a discutir sobre este asunto, porque Carlos Arruza acaba de decirnos que esta temporada probablemente ya no toree en Méjico.

Si..., no... Si..., no..., el que más y el que menos, estaba quitando los pétalos a su margarita. Nosotros, no hace mucho que hemos quitado el último pétalo, y hemos tenido la fortuna de acertar... de momento.

Pero esto se lo debemos al propio torero. Nosotros no queremos pavonearnos con plumas ajenas, ni adjudicarnos triunfos que no nos pertenecen.



necen. Muchos dirán que como estaban en el secreto, la decisión de Carlos Arruza no les sorprende. A nosotros sí nos sorprende, porque apenas si sabíamos algo más que el lector. Ahora, en esta abito, sabemos un poco más.

Porque...

Carlos Arruza está en Madrid. Y con él hemos hablado de su viaje a Méjico, del Montepío de Toreros, de su retirada de los toros y de otras cosas que el lector conocerá si sigue leyendo.

Fué en el atardecer de la víspera de Noche-

vieja cuando me encontré con Carlos Arruza. El matador azteca, bien arropado en su gabán cruzado, calado el sombrero, paseaba sin prisas por la calle de Alcalá. La Sierra cortaba con ráfagas heladas la calzada. Nada invitaba al paseo...

Pero Carlos Arruza, ajero a todo, caminaba sin prisas. Marché detrás de él durante un buen rato. Al llegar a la Red de San Luis, me puse a su lado...

Y entre los dos no medió saludo alguno. Ni el torero ni el periodista se sorprendieron al encontrarse. Unos metros más allá, Carlos Arruza me preguntó.

—¿Qué le hubo, hermano?

—No hubo nada, a nigo... ¿Qué haces en Madrid?

—Pasar unos días..., muy poquitos días, porque en cuantito pasen estas fiestas me voy a mi finca de Sevilla.

—Y a Méjico, ¿no vas?

—Sí... Pero me voy un poco más tarde. Aun tardaré unos treinta días en marcharme. De momento, estos son mis propósitos.

—¿Toreas al fin en Méjico?

—Creo que no, porque para cuando llegue la temporada estará ya muy avanzada.

—De todas las maneras —le dije—, aunque hubieras llegado a tiempo no habrías toreado, porque aquí, en Madrid, creo que rechazaste el contrato que te ofrecieron. ¿Estoy o no en lo cierto?

Carlos Arruza se sonrió...

—Me parece que sabes más que yo...

—Lo que yo no sé —pregunté— son los motivos por los que no has toreado esta temporada en Méjico. Por aquí dicen que tu ausencia de los ruedos mejicanos obedece a ciertas diferencias

económicas con la Empresa.

—Eso no es cierto... Todo cuanto pedía me daban. No hace mucho, por cable, aun me confirmaron la propuesta. Pero yo no la acepté, por una razón sencillísima: porque quiero descansar... Llevo cuatro o cinco años toreado en invierno y en verano.

—En la próxima temporada, ¿seguirás descansando?

—Falta mucho tiempo aun para la próxima temporada. De todas las maneras, voy a escribir en un papelito lo que pienso sobre el particular.

Y Carlos Arruza escribió en una cuartilla lo que a continuación sigue:

*Creo que los hombres de esta  
deben de tener un límite en sus  
ambiciones. Pero que siempre al modo  
de las moscas  
cuando se ha luchado y se  
incorporándose en estas condiciones  
es cuando se piensa pasar una  
vida tranquila al lado de la  
suja  
Lago San Juan  
Madrid, 1931*

Después de leerla, le pregunté:

—¿Puedo decir que te retiras de los toros?

—Eso no te lo puedo decir...; pero si lees con calma mi cuartilla, quizá adivines algo...

...Y luego, Dios dirá.

Exactamente eso, manito... Y luego, Dios dirá.

...Y no te dará pena retirarte de los toros? Carlos Arruza me miró sorprendido. Pero reaccionó muy pronto, para decirme:

El día que me retire, me iré sin pena...



porque cuando los hombres adoptan una decisión, no tienen derecho a volverse sentimentales.

—¿Te retirarás despidiéndote del público en unas cuantas corridas?

—No... Generalmente, cuando se hace esto..., al año próximo se vuelve otra vez. Y yo, el día que diga que me voy de los toros, será para no volver nunca más.

—Y las palmas, los aplausos, ¿no te mantendrán en la lucha?

—No. El torero, en la Plaza, no cambiaría por nada de lo que hay en el mundo las palmas que le tocan... Pero una vez en su casa, tiene derecho a pensar que cuanto más le toquen las palmas más tiene él que arrimarse al toro. Y una sola palma puede ser un poco más tarde una cogida...

—Si te vas de los toros, ¿es por falta de afición?

—No. Afición tengo más que nunca... Precisamente quiero formar mi ganadería para estar dentro del ambiente..., para torear todo cuanto quiera. ¿Quién ha dicho que sólo tiene afición el que se viste de luces?

—Actualmente, ¿cómo encuentras la fiesta?

—La Fiesta está bien como está. En cuanto al toreo de antes, si era mejor o peor, no lo sé. Lo que sí sé es que la consistencia que tiene el actual no lo tenía el de antaño. Hoy, se hacen faenas, grandes faenas, todos los días. Nunca, en el toreo, las faenas han sido tan continuas. Y en cuanto a que el toreo de hoy es más fácil, yo puedo decir muy alto que no. Hoy, los toreros tenemos la obligación de dar naturales al toro difícil, al pequeño, al grande, al bravo y al manso.

Los toros de hoy cogen y matan como los de antaño. Las figuras más grandes de la Fiesta cayeron ante toros bien pequeños. Un matador dijo que estos toros de hoy sólo rompen los vestidos. Esto es absurdo..., porque en este caso, cualquier torero, con comprarse treinta vestidos, podía torear treinta corridas. Los toros rompen algo más que un vestido... Por esto, todos no llegamos a colocarnos. Por eso, el toreo actual está más difícil que nunca, porque hay que hacer muchas cosas, porque hay que arrimarse tanto, que uno puede salir del trance con algo más que el vestido roto.

Muchos quieren demostrar que lo de hoy es muy fácil. Los públicos van a las Plazas con la idea de que los toros no tienen ningún peligro..., y esto no es

verdad. Es un prejuicio que el aficionado debe olvidar, porque no es cierto. En la Plaza, nunca hay toro pequeño, ni grande... Hay toros bravos, mansos, nobles y difíciles. Actualmente se hace un toreo que nadie quiere aceptar en su justo valor. Y se lidia, aunque muchos crean que no se lidia. Lo que pasa es que el arte evoluciona y los modos cambian. Pero lo cierto es que se lidia..., porque, de lo contrario, ningún torero llegaría a dar seis naturales seguidos si antes el toro no hubiera sido corregido de sus defectos. De todas las maneras, el que no quiera comprendernos, apenas si tiene importancia. Dentro de cincuenta años o de cien, nosotros suscitaremos el mismo problema en relación con los toreros de entonces.

—Y de las puyas, ¿qué me dices?

—Que para torear como se torea hoy, los toros tienen que estar muy poco picados. Al toro nunca se le castiga con exceso..., porque la fuerza del toro sólo la sabe el toro. Por esto, muchas veces vemos que los toros en el momento de ser apuntillados —ya verdaderamente muertos—, derrotan y dan la cornada. Y también muchas veces vemos cómo con una estocada en todo lo alto —y una estocada creo que castiga algo más que siete puyazos— ... le dan al matador un aviso.

—¿Quieres contarme algunas cosas del Montepío?

—Que en la última reunión celebrada se han tomado acuerdos muy interesantes para los toreros y se han estudiado otros no menos interesantes.

—¿Quieres decirme alguno de vuestros proyectos?

—Uno de ellos es el ampliar el actual Sanatorio. Nuevas plantas y otra orientación más moderna en todos los aspectos del mismo. El Sanatorio, de acuerdo con nuestros proyectos, llegará a ser un Sanatorio modelo, con todos los adelantos de la ciencia.

—¿Algún proyecto más...?

—En Barcelona, Sevilla y Valencia, en sus mejores clínicas, el Montepío de Toreros tendrá una cama siempre a disposición de los toreros. De esta forma evitamos que los toreros heridos tengan que ser traídos a Madrid.

—¿Otro proyecto...?

—Estamos estudiando la forma de aumentar el importe de las pensiones.

Carlos Arruza consultó el reloj. Llevábamos dos horas charlando en la plaza del Callao. Llegó Miguel Mezquiriz, el íntimo del diestro mejicano, y, cogiéndonos del brazo, nos dijo:

—Pero, ¿estáis locos?

Debíamos de estar locos, porque el frío era tan intenso, que sólo nosotros dos estábamos varados en la plaza del Callao, abierta a todos los vientos.

**CRUZ ERNESTO FRANQUET**



VENGA usted conmigo, buen hombre.

—¿Dónde me va usted a llevar?

—A dar un paseo por la marisma.

—¿A estas horas?

—Sí, señor; a estas horas del atardecer.

—Pero...

—¡Venga usted conmigo, hombre de Dios!

—Es que se acaba la luz del día.

—Nos alumbrarán los faroles de los ojos de los toros. En este alumbrado no hay restricciones. ¿Se atreve usted?

—Eso es una locura. Y yo me atengo al refrán: «Los locos hacen la fiesta, y los cuerdos gozan de ella.»

—¿Usted cree que no se debe pisar el terreno del toro?

—No, señor. No hay quien defienda la propiedad de la tierra como estos bichos. Además, yo prefiero verlos de día claro, cuando el sol convierte en brillantísima seda la piel de los toros, y cuando la marisma es como una blanca almalafa moruna.

—Pues usted se lo pierde.

—Esta es la hora del mochuelo, y yo no quiero nada con ese cómplice de las brujas y pariente del diablo.

Yo trataba de encubrir mi cobardía dándomela de supersticioso. Aquel «paseo» por la marisma «entre dos luces» no me hacía gracia. La torada pacía cerca del cortijo y podía ocurrirnos un «desavío» si al pasar nosotros asomaba por los altos mimbrales la jeta feroz de un toro o se levantaba en un torbiscal la mole de un astado dispuesto a emplear en nuestra piel el resto de coraje que no había podido gastar durante el día.

De pronto, el bramido de un toro hizo temblar la tierra como si fuera una bambalina de teatro.

El ambiente se llenó de ferocidad.

Aquel bramido, al meterse por los mimbrales y torrenteras, era como reto de jaque, pregón de desafío o cartel majo, rubricado por la fiera más noble y valiente que pisa la marisma.

Mi amigo, el mayoral, se quedó escuchando atento. Se dio con la varilla en los zahones, se llevó una mano al cuero de su cara, tosta a por el sol de muchos días, y arguyó moviendo con pesadumbre la cabeza:

—Ese es un toro «abochornao».

Yo le pregunté con la mirada.

—¿Usted me ha entendido?

—No, señor.

—Pues si usted quiere escucharme, vamos a remojarnos el gáznate con un trago de vino, y que Mariquiya nos saque un plato de «aceituniyas aliñas» pa entretenernos.

..

Como la noche era fresquita y el relente traía humedad del Guadalquivir, nos metimos dentro y nos arrimamos a la ancha chimenea, donde ardía un tronco robleño que chisporroteaba porque no quería convertirse en ceniza. Para animar el fuego, el mayoral tiró al hogar una brazada de hornija, que, al arder, convirtió en viejo bronce la cara del campesino y en oro los cacharros que había en la cornisa.

—Mariquiya!

—Mandosté!

—Trae una boteya de vino y unas aceituniyas de la orsa grande!

—Volando!

Pronto apareció la zagala con lo pedido en una bandeja. Mariquilla era un primor. Su cara era de esas que los jayanes llaman de alfercía; sus pies los habían comparado a púas de trompo, y sus ojos, según los mozos de la cortijada, cuando miraban, eran como puñales. Y cuando sonreía, ¡válgame Dios!, hacía temblar al hombre

## UNA PELEA EN LA MARISMA

# El toro «abochornao»



más templado. Su pelo... Pero hagamos punto en boca, pues no es éste el momento de describir aquella catarata capilar de la chiquilla. Era Mariquilla tan joven que se añadía años.

Nos sentamos, a lo señorón, junto al fuego el mayoral y yo. Bebimos un chisguete en la botella, relamiéndonos como gato con pringue, y limpiamos con el pulpejo la boca del cristal.

—Bueno, ahora cuéntenme usted eso del toro...

—Despacio, despacio, mi amigo. El gañán debe ir al paso de sus bueyes.

Y molió entre sus pulpejos un puñado de ta-

bacon, lió un cigarrillo y lo encendió en la lumbrera de la chimenea.

Y comenzó diciéndome el mayoral, después de un breve silencio:

—Esos mugidos que han hecho temblar la marisma son de un toro «abochornao». Eran —un supón— como un alarido de rabia, de impotencia, de fracaso. ¿Me oye usted?

—Sí, señor.

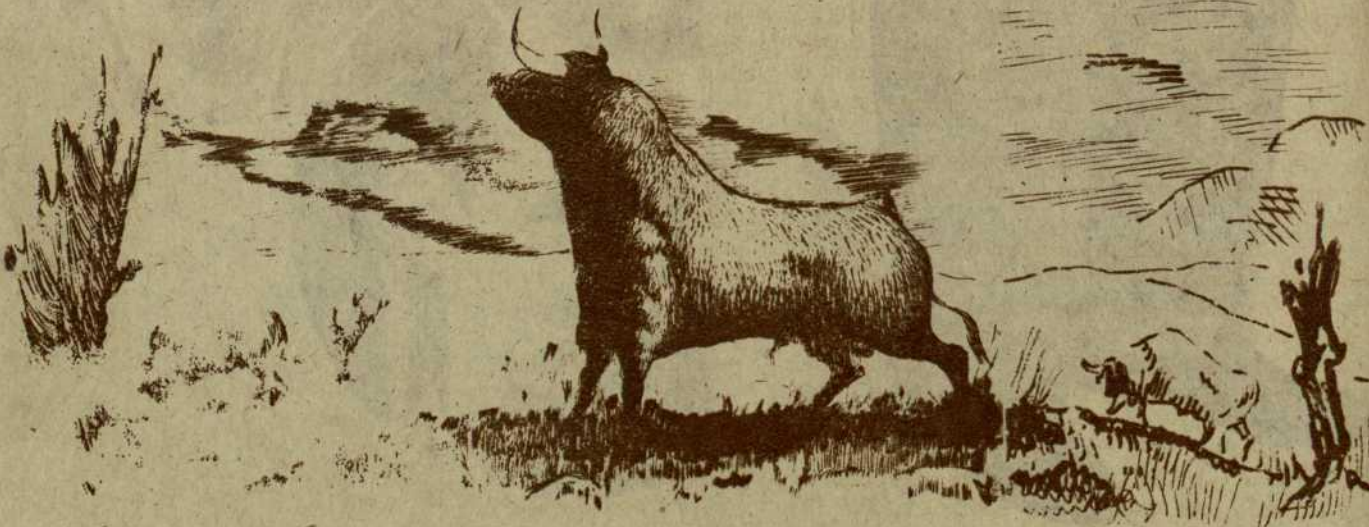
—¿No ha visto usted pelearse a dos toros en la marisma? No, ¿verdad? ¡Cuando se ha visto eso no se olvida nunca! No luchan por la hembra, ni por el pasto, ni por vengar un agravio, sino por demostrar su fuerza y poderío. Es un duelo magnífico, sin más testigos que el cielo o algún pajarillo marismeño que, escondido en un árbol, presencia el feroz pugilato. ¿Me explico bien?

—Yo lo entiendo.

—Pues a lo que vamos. Ya están los dos bichos frente a frente, echando lumbrera por los ojos, que son como carbones encendidos. Se miran con respeto; porque los fuertes hasta cuando luchan se estiman. Porque a los toros bravos les pasa lo mismo que a los hombres valientes: les da pena derrotar al débil. Levantadas las cabezas, los cuernos como dos espadas, se retan, las pezuñas hundidas en la tierra y moviendo los rabos y sacudiéndose con ellos las ancas. De pronto uno de los animales agacha la cabeza para atacar. El otro hace lo mismo. Y en un instante los toros, como dos monstruos rabiosos, se van uno contra el otro. Las poderosas cabezas chocan, como nueces golpeadas por un martillo. Ninguno retrocede. Los cuernos se cruzan como floretes, y las testuzas crujen. Así unidos, pegados, están un rato. Se separan unos pasos para atacarse de nuevo. El terrible esfuerzo los hace sudar. No quiere ser vencido el uno por el otro. Son dos fuerzas poderosas que quieren aniquilarse. Y se embisten una y otra vez con rabia. Los hocicos chorrean sangre; los nervios de los bichos están tensos y el sudor les da un reflejo metálico a la piel. Pero uno de los toros, el más agotado, retrocede, declarándose vencido. Un fuerte bramido sale de su entraña. Y mientras el que ha fracasado en la violenta lucha lleva la cabeza por el suelo, el vencedor levanta su testa con galler-

día, afirmando así su triunfo y predominio. El toro vencido se va huyendo, lleno de rencor, sin querer que lo vea ninguno de la piara. Quiere esconder su fracaso en un rincón de la marisma y se mete en un torbiscal, y muge desconsoladamente, como si la vergüenza de su derrota no le dejara vivir. Por eso nosotros —concluyó diciéndome el mayoral— cuando oímos los bramidos de una de esas bestias que han fracasado en su lucha con otra, conocemos, por la tristeza que hay en sus mugidos, que se trata de un toro «abochornao».

JULIO ROMANO





# FERNANDO GAGO dice que en la actualidad sirve el banderillero al matador con la mayor disciplina



**"Por esta razón, los subalternos de hoy no brillan como los de ayer."**

**"No hay que torear para sí: hay que torear para el maestro."**

al que quiere ver y admirar es al matador. Nosotros tenemos una función señalada, y tenemos una prohibición: no torear para nosotros.

—Y en el tercio de banderillas, ¿no podían destacar?

—Rara vez. Los matadores, lo que quieren principalmente es que el subalterno sea lidiar y torear con el capote. Respecto a las banderillas, lo único que prefieren es que éstas se pongan con rapidez, aunque sólo se ponga un palo.

Por esto, muchas veces se puede oír en el tendido cómo el matador le dice al banderillero: «... rápido, aunque sólo sea un palo?»

—Pero esta suerte, ¿no cree usted que debe tener más lucimiento?

—Sí... Pero este lucimiento debe ser para el matador.

—Entonces, ¿usted no cree que los matadores han mixtificado la suerte?

—Considero que no. El matador que sabe banderillar, me parece muy bien que lo haga, porque todo cuanto sirva para poner de relieve su arte es justo que no lo oculte. Por otra parte, la suerte de banderillas, independiente del lucimiento que encierra en su ejecución, no tiene ningún fin práctico en relación con la lidia. Muchas veces una banderilla descompone a un toro, perjudicándole al matador para su faena de muleta.

El periodista sabe que todo cuanto le está diciendo Fernando Gago es la pura verdad. Más

de una vez se dijo que la suerte de banderillas estropeaba a los toros y creaban un gran peligro para el matador, al que se le obligaba a estar pendiente de que ningún palo le alcanzara en el rostro durante la faena de muleta. Don Juan Belmonte no era partidario de las banderillas, y propuso que éstas sólo tuvieran el arponcillo —sin el regatón— para que al colocarlas se cavaran. Con esto se evitaban muchos peligros para el mata-

dor... Juan Belmonte —debemos decirlo—, cuando fué cogido el año 1934, en Santander, por un toro de Murube, culpó de la cogida a una banderilla que se le enganchó en la casaquilla, derribándole al suelo... Pero sigamos haciendo nuestras preguntas a Fernando Gago.

—De lo que se deduce...

—En la suerte de banderillas hay una notable diferencia entre el público y el matador. El público se divierte con esta suerte, y el matador, que sabe que cuando menos es ineficaz, no le interesa que resulte bonita, sino rápida.

—La suerte de banderillas, ¿alcanza en estos tiempos todo su esplendor?

—Desde luego. Los pares que se ponen hoy no se han puesto nunca.

—En cuanto a los matadores..., ¿es cierto que éstos no desean que se les vea a ustedes?

—Es cierto... y es humano. Al matador no le gusta que le toquen las palmas a sus subalternos.

—¿Por alguna razón?

—Sí... Por varias razones.

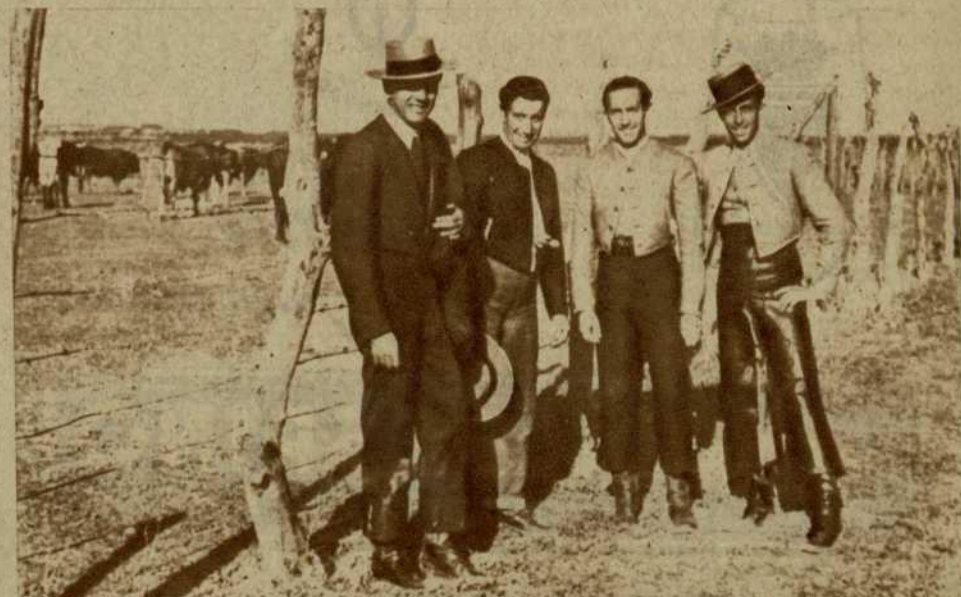
—¿Una de éstas?

—Verá: muchas veces, el matador está luchando con las dificultades del toro. El riesgo y la dificultad están lógicamente en él...; pero su labor pasa inadvertida. Entonces un banderillero pone un buen par, y el público le aplaude... ¿Se imagina usted lo que esto puede desanimar al matador? Otras veces, las palmas se tocan por el acierto de un capotazo..., y si el matador no lo dió...; otras veces, cuando todo parece muy difícil, llega el banderillero, y...; en fin, las palmas deben sonar para el matador.

—¿Tiene usted alguna cosa más que decirnos?

—Sí... Que no hay que olvidar que el público es el que paga al matador... —al que en realidad va, a ver—, y al banderillero le paga el matador.

De manera bien sencilla, Fernando Gago pone el dedo en la llaga. Después de esto, realmente sobra ya todo. Pero no es cosa de romper cuartillas y cuartillas...



Fernando Gago, en un descanso de las faenas de campo, acompañado de Montani, Luis Fuentes Bejarano y José Ignacio Sánchez Mejías

**D**ECÍA Don Ventura en el último número de nuestra Revista que los banderilleros de hoy no destacan lo mismo que destacaron los banderilleros de otras épocas. Don Ventura abundaba en razones, y aun decía que los matadores de hogaño no quieren «que se les vean a sus subalternos».

Nosotros no vamos a polemizar con el ilustre escritor taurino. Ni por nuestra cuenta vamos a quitar o poner en el asunto. Nos limitaremos a presentaros a Fernando Gago, uno de los mejores banderilleros de nuestra época, el cual va a decirnos lo que él cree sobre el particular, y también va a decirnos los motivos por los cuales hoy su profesión no tiene el brillo y la categoría de antaño.

Fernando Gago nos dice:

—En principio, conviene señalar que nosotros dependemos de los matadores. Esto puede parecer una petogrullada...; pero no lo es, porque con la frase quiero decir que el banderillero debe plegarse en todo momento a los deseos de su matador. Hoy, en nuestra profesión hay una disciplina que interesa destacar. El subalterno —siguió diciéndonos Gago— se tiene que adaptar a todos los gustos y modalidades del matador. Se tienen que conocer los caprichos de éste en la Plaza.

—¿Por qué motivo no destacan ustedes tanto en su profesión como los banderilleros de antaño?

—Hoy no se puede ni se debe torear para sí... Hay que hacerlo sólo y exclusivamente sirviendo a los intereses del matador. El banderillero debe procurar molestar lo menos posible al toro. Cuanto menos vean los toros el capote del subalterno, más se beneficia al matador, y si es preciso intervenir, hay que procurar que el toro no enganche el capote y que los capotazos sean dados por derecho. Como ve, después de decirle todo esto, creo que se puede explicar fácilmente el motivo por el cual hoy «no se ve a los banderilleros»..., cosa lógica, porque el público

# MANUEL EL AFRICANO BALLÓN



**A**UNQUE no faltó quien diera como año de nacimiento de Ballón el de 1702 y señalara el barrio de la Cestería, de Sevilla, como lugar en que el hecho ocurrió, lo cierto es que nada se sabe en concreto sobre estos extremos, y son muy escasas las noticias ciertas que sobre la vida y el arte de este lidiador se tienen.

Su vida aventurera dió pie a más de un autor para componer narraciones novelescas, que nada, a lo que parece, tenían que ver con la realidad.

El único documento auténtico relativo a Ballón es

la carta que en 1767 escribió el marqués de la Motilla al Hermano mayor de la Real Maestranza de Ronda. Por la fecha de la carta y lo que en ella se dice, parece indudable que no es cierto que Ballón naciera en 1702. Dice el marqués de la Motilla que el Africano, más que español, se remeda a un indiano, que estuvo en Orán y que mató en riña a cierto baratero. Añade que Ballón era «hombre de presencia, comedido, de cortas y graves palabras, arreglado en sus obras, y que gusta de compañías que le den mejor que le quiten, como suele decirse. Aunque nacido en esta ciudad, no conserva en ella parientes, porque es hijo de forasteros traficantes; ni amigos de la juventud, pues sabió a correr mundo muy de temprano, y en rigor de verdad puedo confiar a V. S. que nuestro hombre es un pez de marca, y ha rodado bien por esos anáuriales, perfeccionándose en Africa, donde, por hablar en moruno y su astucia y habilidad, ha corrido todos aquellos lugares en trata de viveres y otras dependencias...» Y más adelante, tras de ponderar sus buenas condiciones de lidiador, agrega: «Como, a Dios gracias, nuestro hombre tiene haberes, no se rebaja ni desvive por trabajar, ni hace salidas lejanas...»

Parece que Ballón fué admitido en círculos distinguidos, no frecuentados por otros toreros, y que se hallaba relacionado con personas influyentes. Debíó de torear muy poco tiempo y ser muy valiente, según parece, y lidiaba reses por afición y gusto, y no por lucrarse.

La historia de Ballón está por hacer, y a lo que parece, no es empresa fácil adquirir datos sobre este lidiador del siglo XVIII, del que nos ha llegado poco más que noticia de la fama que alcanzó.

# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

**L**a actitud de los diestros mejicanos y la de su Prensa habrá sufrido a estas horas una notable variación, aunque aun no se sepa si en un sentido favorable, como es de esperar, o en un sentido desfavorable, como es de temer. Porque lo cierto es que allí, a vuelta de hacer números sobre corridas toreadas en Méjico por diestros españoles y en España por diestros mejicanos, y de calcular pesos contra pesetas y pesetas contra pesos, llegaron a la errónea conclusión, tan comendada en estas columnas, de



que el convenio de intercambio aun vigente había resultado altamente perjudicial para los mejicanos. Tanto debió escribirse y hablarse, que Ortega y Camará se creyeron o fueron más o menos obligados a hacer declaraciones que, aunque en realidad no tienen gravedad ni importancia (así se desprende de los extractos publicados), han resultado molestas para la mayoría de los toreros españoles, por el aire despectivo que encierran para los que forman la Junta Técnica del Subgrupo de Matadores de Toros del Sindicato Nacional del Espectáculo.

Debíó ser en este punto culminante de la enojosa e injusta campaña cuando se produjo el incidente con el insigne compositor español Moreno Torroba, al tiempo que de aquí llegaban noticias tan falsas de la actuación de la Junta Técnica como la de que ésta se proponía romper totalmente el convenio. Las cosas cambiaron. Se dieron cuenta de su injusto proceder y de que podría ocurrir lo que tal vez no había ocurrido, y entonces Luciano Contreras, secretario de la Unión de Matadores de Toros y Novillos de Méjico, puso al Jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo el siguiente cable: "Prensa Asociada publicó ese Sindicato proyecto proponernos modificaciones actual convenio. Stop. De ser cierto, agradeceremos enviarnos proposiciones, objeto estudiarlas y contrapesar en su caso para resolver entre ambos lo correspondiente."

Este es otro y muy distinto cantar. A estas horas, ya habrán visto que aquí no se proyectaba romper el acuerdo, sino tan sólo modificarlo con espíritu de justicia y comprensión, y esto de acuerdo con ellos, porque nuestra democracia y nuestra libertad tiene su medula precisamente en todo eso, y no en vociferar demagógica y estérilmente. Y lo sabrán, porque a manos de la Unión habrá llegado ya —en la semana pasada salió en avión— el proyecto, con una carta cordialísima y cortés del presidente de la Junta Técnica, Juan Belmonte Campoy, explicando las razones que movieron a los diestros españoles a la modificación del convenio y las consideraciones que les llevaron a redactar el nuevo, que le enviaban para su estudio y para, en caso de que el convenio fuera objeto de modificaciones o iniciativas, las comunicaran con la rapidez posible, para siempre, con el mismo espíritu de concordia y justicia,

tratar de incorporarlas al que tendrá que ser nuevo convenio, cuya vigencia deberá comenzar en la próxima temporada española.

De paso verán también los mejicanos que los miembros de la Junta Técnica del Sindicato Nacional del Espectáculo no son unos "descontentos", como se los imaginaron, por ignorancia de la verdad; porque ni en lo económico, ni en lo artístico, ni en lo familiar, ni en lo social, ni en nada, tienen motivos para estar descontentos.

Ahora los diestros mejicanos tienen la palabra para comportarse con los diestros españoles en la misma bella y elegante forma que éstos han tenido para elaborar su proyecto.



Y  
MACARRUDO

*Inocente*  
*es el vino para copiar*

**VALDESPINO**  
JEREZ

# El señor Antonio, "Picardías", habla en nombre de los aficionados del sol

"A estos utrereros adelantadillos de ahora se les debería picar sin peto y... sin puya".—En la actualidad, el único que va por los suelos es el "pobrecito" toro

También la gente del pueblo...

¿Cómo no? En esta audiencia pública sobre el tema de las puyas, el estado llano, que tiene su abo- lengo en el mecanismo de las viejas corporaciones, ha de hacerse oír legítimamente. Este estado llano, que aguanta en pleno verano las fuertes caricias del sol, comparece con su criterio espontáneo, auténtica- mente sincero, de afición pura. Y dice:

ENCLAVADOS en ese «espacio vital taurino» que va desde las Cuatro Calles hasta la plaza del Angel, y desde la calle Ventura de la Vega a la de la Victoria, no bajarán de cincuenta los esta- blecimientos por los que se expansiona el ejército de los «taurinos» de todas las categorías.

Por allí anda el reducido local del señor Anto- nio. Antonio Recas —Picardías le llaman sus ami- gos, ellos sabrán por qué— es un hombre activo, carilleno, que recuerda la traza de un tabernero inglés, aun cuando sus gracias y sus maneras de- nuncian al madrileño oro de ley, que es tanto como decir que es español por partida doble. Por la ta- berna de Antonio, Picardías, ha pasado todo lo bueno y lo malo del gremio taurino avicinado en Madrid.

—Claro que para mí todos han sido buenos —nos responde—. Todos me han querido y me quieren mucho.

—Alguno habrá a quien usted distinga sobre los demás...

—Ahora y siempre, a Marcial Lalanda—contesta rápido.

A poco un pequeño suceso viene a confirmarnos el fervor del señor Antonio hacia el «ex joven maestro».

Un muchacho provisto de una bandurria, que acaba de entrar en la ya rebosante taberna, inicia los compases de un conocido corrido mejicano.

El dueño, que andaba por la cocina, sale despa- vorido, y al tiempo que fulmina con la mirada al «concertista», le increpa: «¡Niño!... ¿Es que no sa- bes la única música que aquí se tolera? Pues, an- dando, a tocarla; o la calle...»

El chico farfulla una disculpa por el olvido, y ante la conminatoria mirada del patrón, inicia el pasodoble «Marcial, tú eres el más grande...»

El bueno del señor Antonio se transformó en otro hombre. Diríase que toda su personalidad ha- bía experimentado, por la música, un cambio ra- dical. Y cuando el pequeño músico comenzó la cuestión, el óbolo primero y el más rumboso depositado en la bandeja fué el del consecuente marcialista.

Mientras tanto, alrededor de una mesa se han ido agrupando los contertulios a una de las peñas taurinas, toda buena fe y solvencia, que subsisten todavía.

Requerimos «un blanco con limón», y con la ve- nia de la tertulia nos unimos al debate.

Llevan el gato al agua —entiéndase que no alu- dimos al vino del honrado tabernero— don Julián de Castro y don Emilio Valmayor. Ambos compá- dres frisan la cuarentena. Don Julián es un hom- bre bonachón, calmado, de aspecto saludable. Don Emilio es nerviosillo y un tanto chungón.

El señor Picardías, sin desatender la charla de sus amigos, va y viene incesantemente, saludando a unos parroquianos, para a continuación acep- tar la convidada de otros y a seguida cursar un mandato a la cocina. El caso es no estar inactivo ni un solo momento.

Nos enteramos que estos contertulios han estado abonados durante veinticuatro años a la grada de sol de la Plaza vieja. Hoy no faltan desde el tén- dido 7 a cuantos festejos organiza la Empresa de la Plaza de las Ventas. Pero hora es de que nos hablen de la batallona cuestión de las puyas.

Habla don Julián:

—La suerte de varas se hace tan bien como an- tes; lo que no se hace ahora es picar. La ejecución resulta tan buena como en otros tiempos. Pero a este torito de ahora, utrerero adelantadillo cuando más, se le debería picar con el regatón.

No hay que decir que esta opinión mereció un asentimiento casi general. Y Antonio, al paño:

—Antes veíamos rodar los caballos al primer mugido de los toros. Ahora, el que va por los sue- los es el «pobrecito» toro. Para no quedarnos sin él, al acabar el primer tercio se le debería picar sin peto y sin... puya.

—En Madrid y en algunas provincias se han visto lidiar, en festejos sin caballos, toros más cre- ciditos que los que ahora aguantamos paciente- mente—opinó el señor Valmayor.

—Desde que se quitó el peto —continúa Picar- días—, puede decirse que desapareció la suerte de picar. He conocido picadores que andaban arrum- bados cuando se abolió el caballo a cuerpo limpio, y que al orde narse el peto e ir disminuyendo el ta-



Antonio Recas, Picardías, en la pequeña cocina de la taberna

maño del enemigo, volvieron al oficio y por esas Plazas de Dios andan picando todavía.

—La decadencia —sugiere don Julián— la da el toro. Recuerden aquellos espectáculos de anta- ño, dados por los maestros clamando al cielo, por entender que se cambiaba el tercio sin estar el toro suficientemente castigado. Ahora son las espadas los primeros en suplicar de la Presidencia el cam- bio, a fin de que los toros no lleguen moribundos a su jurisdicción.

—Con arreglo al tamaño del toro, debe ser au- mentada o rebajada «la herramienta» o puya. Para los tiempos que corren, la empleada en las tiendas debiera ser la más adecuada—dice Antonio.

—O dejar al criterio de los veterinarios la aplicación en cada caso de las puyas de toros o de novillos—apostilla un parro- quiano.

—Si admitimos el recorte de pitones, ¿por qué no ha de admitirse el aminoramiento de las puyas?—pregunta, encolerizado, otro.

—La culpa de cuanto viene sucediendo en la desdichada suerte de varas la tiene el que todos nos hayamos olvidado de «Don Reglamento»—dice don Emilio muy convén- cido.

Como quiera que el tema ha ido calentan- do a la tertulia, todos sus componentes, más los que se fueron agregando, hablan en alta voz unos con otros, sin que nadie logre entenderse. El señor Antonio alza la voz consiguiendo dominar los comentarios:

—La responsabilidad debe cargarse a los nuevos aficionados y a que ahora van a las Plazas más mujeres que nunca. Sale por casualidad un toro de respeto, y a los aficionados de alfeñique se les muda el co- lor. Y hasta aplauden «a los virtuosos» de «la carioca».

—Yo voto —dice Valmayor— por que las corridas de toros auténticos queden para espectáculo de hombres solos. Sean los festi- vales y las mojigangas pasatiempo de se- ñoras y jóvenes barbilampños. A cada cual, lo suyo.

Alguien intenta entonar una loa a los méritos que cree reúne cierto picador muy joven todavía y ya muy cotizado. Pero le sale al paso la zumba mordaz de Picardías:

—Yo le vi con una corrida muy guapa, y lo que les digo a ustedes, «borrao» quedó toda la tarde. Le echaron un «colorao», ojo de per- diz, que lo pudo haber «picao» como los án- geles... y «ná». Le echaron luego un capirote, que se lo pudo haber «fumao»... y «ná». Y le echaron después una multa «que lo partió por el ejer».

Se produce una pausa, aprovechada por el ta- bernero para evocar a los que él entiende como verdaderos picadores de mérito.

—Os acordáis de Camero. ¡Madre mía, cómo picó el solito una corrida de don Vicente Martí- nez! Cómo lo haría, que en el quinto toro le hicieron dar la vuelta al ruedo. Aquello hubo que verlo; palmas, tabaco, botas de vino, pañuelos de Manila, abanicos... y hasta hubo un padre de familia que, no sabiendo que tirarle, le tiró dos o tres niños a la Plaza!

Allí se agotó la materia de discusión, a medida que fué creciendo el regocijo y «el chungueo».



Picardías con un grupo de clientes y amigos



El popular tabernero y «aficionado del sol», con Julián de Castro. Algu- nas veces ellos empuñaron el col- chón por ver las faenas de Joselito y Belmonte



El señor Picardías en sus dominios

(Fotos Zarco)

F. MENDO

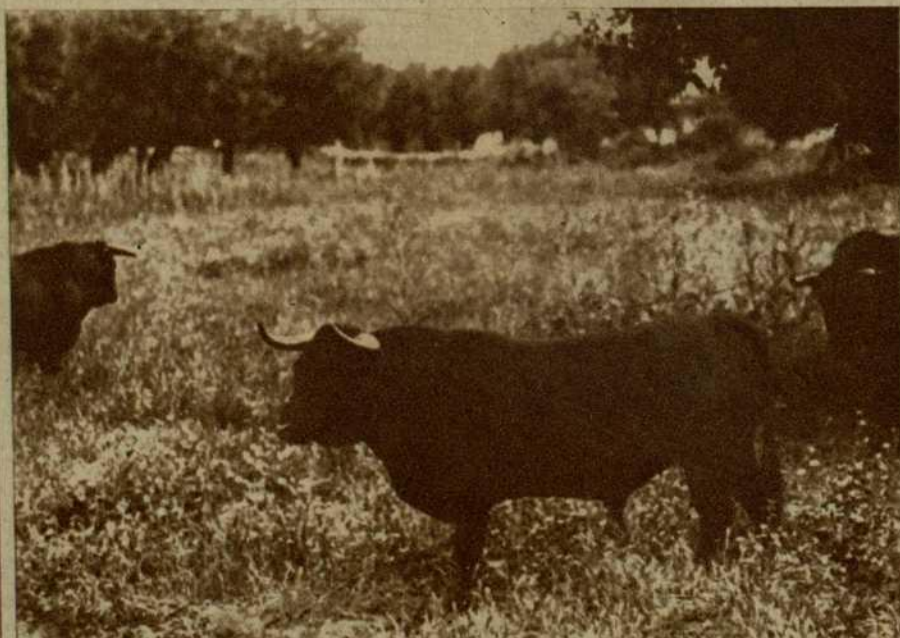
**S**E va perdiendo, si no está ya totalmente perdida, la afición al toro. Y no achaquemos el mal a la actual generación, a la que injustamente, y en bastantes ocasiones, se le carga el sambenito de todos los errores, defectos y dolencias de la fiesta.

Cierto es el desconocimiento de la inmensa mayoría sobre lo que debe ser el auténtico toro de lidia. Como su ignorancia respecto a castas, edad, pinta, trapío, encornaduras, etc., e innegable asimismo su desorientación en lo referente a las fases y vicisitudes del toro bravo desde su nacimiento hasta su arrastre por las malillas.

Pero, francamente, del despiste, la ignorancia, la desorientación del moderno y bondadoso público, no tiene él solamente la culpa. Si, en realidad, no se le ha enseñado, si no se ha encauzado su afición por el camino recto, si nunca se le ha dicho que la fiesta debe girar alrededor del toro, ni se le ha inculcado la afición y el cariño hacia el mismo, ¿a cuenta de qué pretender hacer exclusivamente responsable a la masa espectadora de un desvío, de un desinterés, de una secundaria atención por el toro y de un achicamiento —en edad, tipo y bravura— de la base, raíz y fundamento del espectáculo?

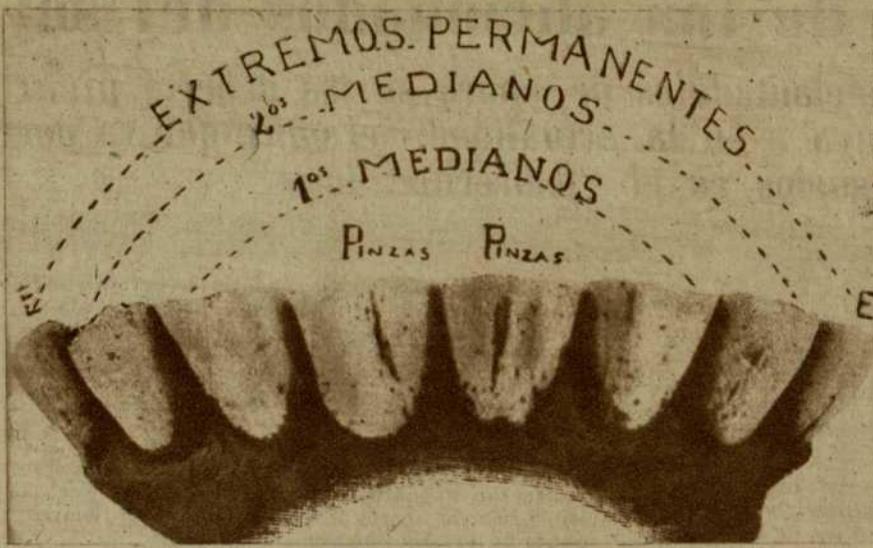
Es desconsolador no encontrar, entre montañas de escritos hablando de cosas intrascendentes y hasta de secundarios aspectos de la fiesta, más allá de unas cuantas líneas dedicadas al toro. Y a la moderna afición hay que educarla principalmente en este particular. A base de una labor divulgadora a cargo de plumas autorizadas, pues doctores magníficos existen en tauromaquia, empezando, como si dijéramos, por el a b c. Y estamos seguros de que el buen público, aunque la materia le resulte algunas veces árida, agradecerá las lecciones.

Frecuentemente se comenta y discute en torno a la edad del toro de lidia. Pero, ¿cuántos aficionados sabrían apreciarla por el aspecto externo de las reses y con más precisión a la vista de sus dentaduras?

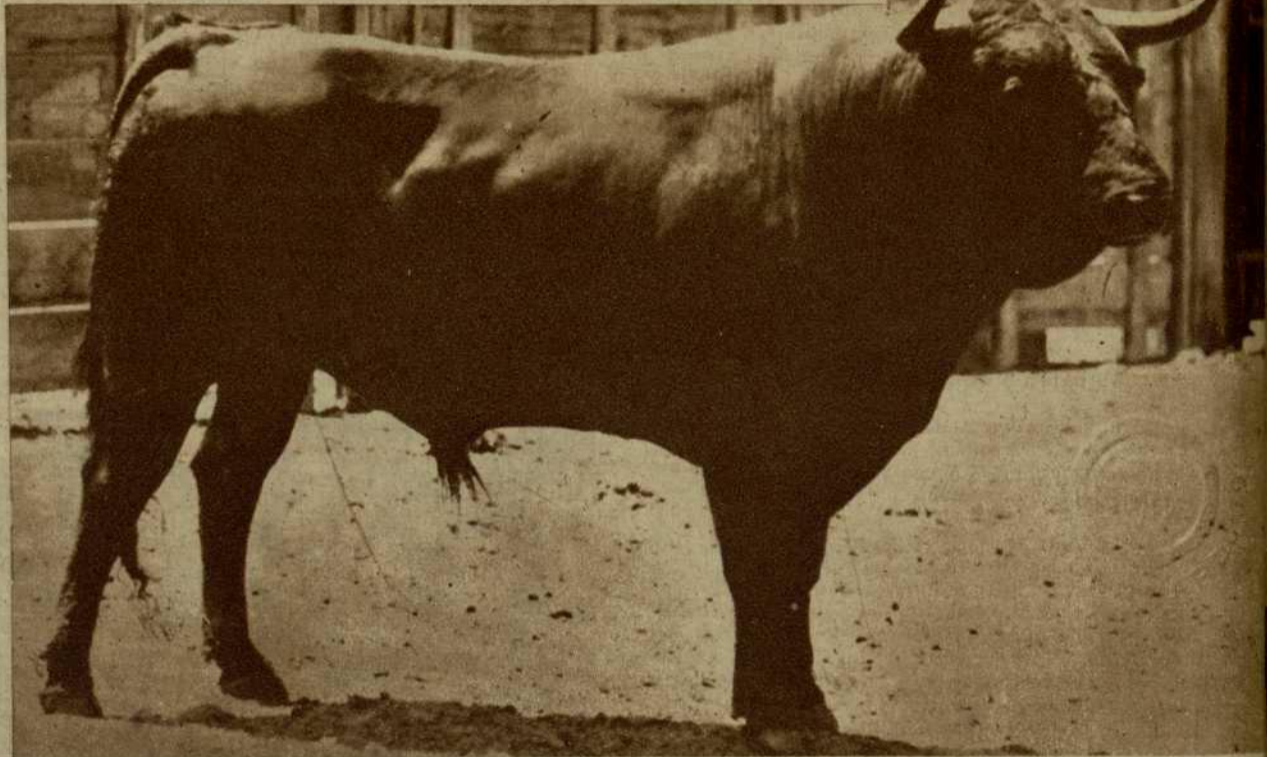


El esmero en la crianza de los toros bravos, la sobrealimentación, el floreo de pastos y el continuo ejercicio muscular y de mandíbulas influyen notablemente en el desarrollo de aquéllos, permitiéndoles acelerar la muda de los dientes con alguna diferencia de tiempo a la de otros animales de la misma especie

## La EDAD de los TOROS, y su averiguación



Mandíbula de un toro de cinco años, con la indicación del nombre que reciben los dientes. Como puede apreciarse, los ocho incisivos permanentes han alcanzado el máximo desarrollo —segundo y último redondeamiento— a lo que se llama «cerrar»



Precocidad, desarrollo o adelantamiento, tanto exterior como dentario, propio de razas mejoradas, entre las que se encuentra el toro de lidia. Típico caso de precocidades este fino animal, recortado, gordito y de cara seria que, lidiado el año 1932 en la Plaza vieja de Madrid, acusó en la boca mayor edad de la que realmente tenía

Pues bien: el aficionado que se precie de tal no debe desconocer este detalle: saber deducir la edad de cualquier toro por los signos exteriores y averiguarla casi exactamente por los dientes y por las astas.

No es nada difícil. Con un poquito de interés y alguna noción teórica, y examinando después casos prácticos en mataderos, desolladeros y aun en establos, puede conseguirse en breve tiempo dominar el tema.

Sébase previamente que el macho vacuno, según su edad, recibe el nombre de "recental" durante la lactancia; "añójo", al año; "eral", a los dos; "utrero", a los tres; "cuatre-

ño", a los cuatro, y "cinqueño", a los cinco. También se les llama, hasta los dos años, "becerros"; de tres a cuatro, "novillos", y de cinco en adelante, "toros". Que la edad se cuenta igualmente por "hierbas", entendiéndose por tales las de cada primavera que el animal ha pastado. Y como regularmente los becerros nacen durante el invierno, en la primavera inmediata comen la primera hierba. O sea, vienen a tener —nos referimos a pariciones normales, porque las crías tardías no pueden aprovechar el pasto— una hierba más que años.

Por otros signos, cual la anchura del morrillo, largura de la cola, descenso de testículos, etc., es posible determinar la edad aproximada; pero la forma más exacta de comprobarla es por los dientes y por los cuernos.

Ahora bien: téngase presente, no obstante lo dicho, que el toro de lidia entra de lleno en la clasificación de animales de raza mejorada. Y que el esmero en su crianza, la sobrealimentación y el continuo ejercicio de mandíbulas en pleno campo —a diferencia de la res estabulada con pienso a hora fija—, le hacen adquirir gran precocidad. Precocidad manifestada por pasar algunos bichos por toros cuajados cuando, a lo sumo, han cumplido tres años, y por dar otros en la boca más edad de la que realmente tienen.

Hechas las anteriores advertencias, consignemos que el ganado vacuno posee ocho dientes in-

# por los DIENTES y por los CUERNOS

ra como nunca— del limado, arreglo, bruñido, etcétera, hacen desaparecer de las astas los signos evidentes de la

edad real. Sin embargo, veamos la forma de calcularla.

A los dos o tres meses de edad aparece en el recental el estuche córneo, aumentando su longitud un centímetro por mes hasta el año, en que los cuernos del becerro, circundada su mazorca por un anillo apenas perceptible, tienen unos doce centímetros. A los dos años aparece otro anillo igual al anterior.

Cuando el novillo tiene tres años, desaparecen los segmentos o anillos anteriores, quedando ya permanente, cerca de la base del cuerno, un rodete circular, que es empujado cada año por otro nuevo. A esta edad tiran los toros las últimas hojas o escamas de la punta del cuerno que se llama "bellota".

A los cuatro años sale el segundo anillo en sitio inferior al primero, y los cuernos quedan formados, pulidos y brillantes. Y así, sucesivamente, se forma un anillo cada año que pasa.

Como a partir del tercer año los anillos son muy manifiestos, es fácil calcular la edad del toro, empezando a contarla por la extremidad superior de los cuernos, del modo siguiente:

Tres años para el rodete más próximo al pitón.

Cuatro años para el segundo rodete.

Cinco años para el tercero; seis para el cuarto, etc., etc.

En consecuencia, una res tendrá "dos años" más que anillos o rodetes.

Con lo expuesto, y validos de la parte gráfica, creemos haber explicado claramente en este artículo cuanto se refiere a la edad de los toros y formas de conocerla, detalles que, a nuestro juicio, no deben ser ignorados por ningún aficionado.

AREVA



Toro con tres rodetes que indican la edad de los cinco años

incisivos en la mandíbula inferior y veinticuatro molares, repartidos de seis en seis a cada lado de ambas mandíbulas. Los incisivos —por los que es factible averiguar la edad— se clasifican en "caducos" y "permanentes", denominándose, del centro a los costados, y contados por pares, "pinzas" o "palas", "primeros medianos", "segundos medianos" y "extremos".

El ternero nace con los ocho incisivos, con cuatro de ellos o sin ninguno, según que la gestación haya durado más de nueve, nueve o menos de nueve meses.

Para conocer la edad por los dientes, desde el nacimiento hasta los cinco años, hay que tener en cuenta la erupción, la evolución, el desgaste, la caída de los dientes de leche y la salida de los de adulto. Pasados los cinco años, servirá únicamente de norma el desgaste progresivo de los dientes permanentes, su rasamiento, su nivelación, las modificaciones de su tabla y su separación.

A los cinco meses, todos los dientes de leche han alcanzado el "redondeamiento" o máximo desarrollo. El "rasamiento" o desgaste se inicia en las pinzas a los pocos meses, completándose al año; de doce a catorce meses rasan los primeros medianos; de los dieciséis a los diecisiete, los segundos medianos, y de los dieciocho a los veinte, los extremos.

Las pinzas de leche se desprenden de los alvéolos, siendo expulsadas por las permanentes a los "dos años" o antes. Después continúa el reemplazo de los primeros medianos de leche por los permanentes, a los "tres años"; luego, el de los segundos medianos, a los "cuatro años", y, por último, el de los extremos, a los "cinco". De forma que una res a los cinco años —muchas, de lidia, a los cuatro o cuatro y medio— tiene los ocho incisivos permanentes.

A partir de seis años empieza el rasamiento de estos dientes por las pinzas, siguiendo por los demás. Poco a poco, los dientes se acortan, pierden su blancura y se separan unos de otros, quedando a los diez o doce años convertidos en pequeños raigones.

En resumen: para mayor comprensión, y como regla general, hagamos las siguientes conclusiones:

Al año, el becerro tiene todos los dientes de leche y las pinzas se van desgastando.

A los dos años, dos dientes permanentes (pinzas) y seis de leche.

A los tres años, el novillo tiene cuatro dientes permanentes (pinzas y primeros medianos) y cuatro de leche.

A los cuatro años, seis permanentes (pinzas, primeros y segundos medianos) y dos de leche.

A los cinco años le han salido al toro los extremos, siendo todos los dientes permanentes.

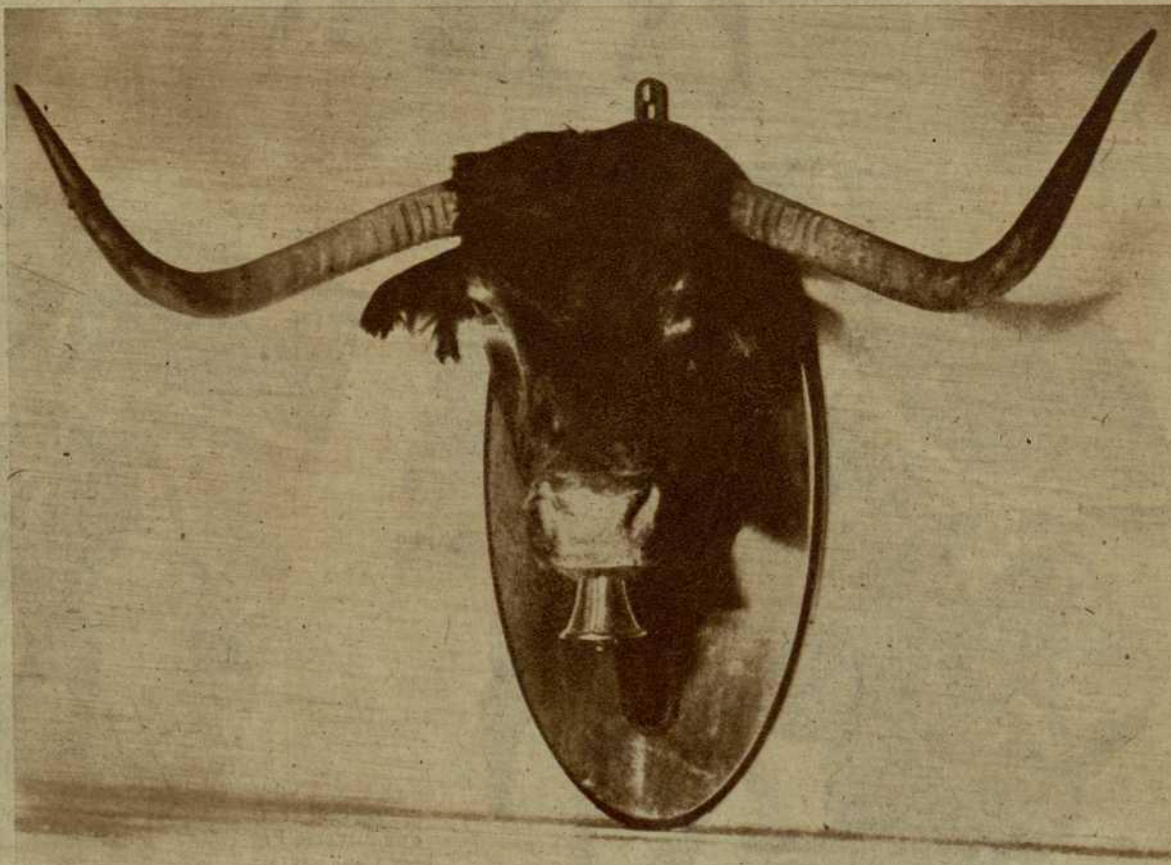
Mas no debe olvidarse el desarrollo precoz del toro de lidia, acusado ordinariamente por acelerar la muda de los incisivos permanentes con

alguna diferencia de tiempo a la de los demás individuos de razas comunes.

## MANERA DE CALCULAR LA EDAD POR LOS CUERNOS

Así como los dientes constituyen base segura para el conocimiento casi exacto de la edad, no nos atrevemos a decir lo mismo de los cuernos.

Si bien el examen de aquéllos aporta elementos precisos, causas naturales o artificiales impiden frecuentemente apreciar la edad con exactitud. Las condiciones étnicas e individuales, la gestación, el cambio de régimen, etcétera, adelantan o retrasan la formación de los rodetes. Y los fraudes —practicados aho-



Cabestro con desarrolladas astas, en las que se aprecian los anillos o rodetes representativos de la edad

# La quinta corrida de la temporada en Méjico

El primer lleno absoluto se logró en el cartel en que hizo su presentación Manolete

Alternaron con el torero de Córdoba Silverio Pérez y Jesús Guerra Guerrita (?), que tomó la alternativa, y se lidió ganado de La Punta



Silverio, que actuaba de primer espada, dió la alternativa a Jesús Guerra, Guerrita —nada menos!—, que no mostró ningún adelanto, a pesar de su buena voluntad



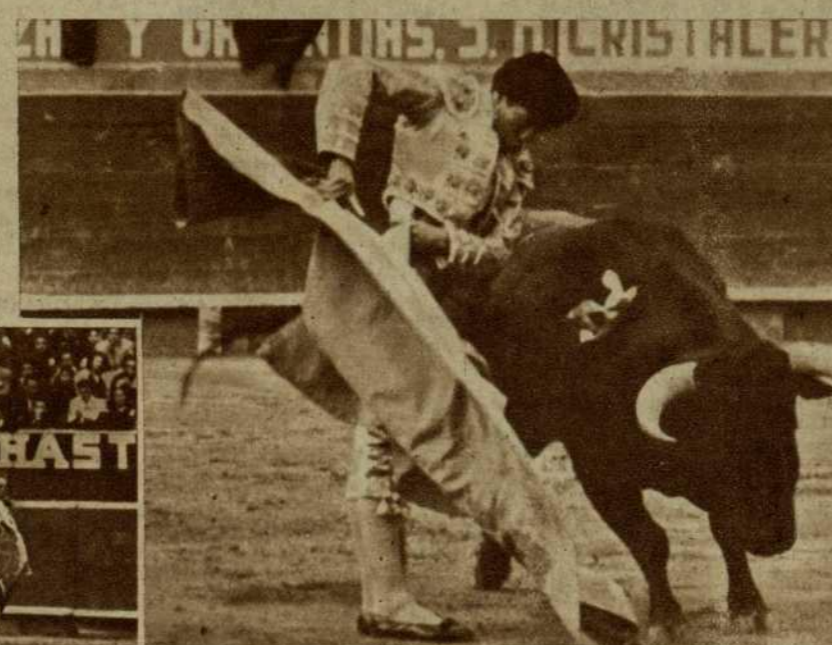
... aunque ahora se defiende ante un achuchón del de la Punta  
Con la muleta empezó a tirar bien del toro, que estaba muy aplomado, y que cuando arrancaba lo hacía descompostamente...



En la quinta corrida de la temporada, en Méjico, la entrada ya fué otra cosa. La Plaza se llenó por ver la presentación de Manolete, al que, además, se enfrentaba Silverio Pérez; otra competencia deseada, pero imposible



... este pararse para inclinar el derecho...

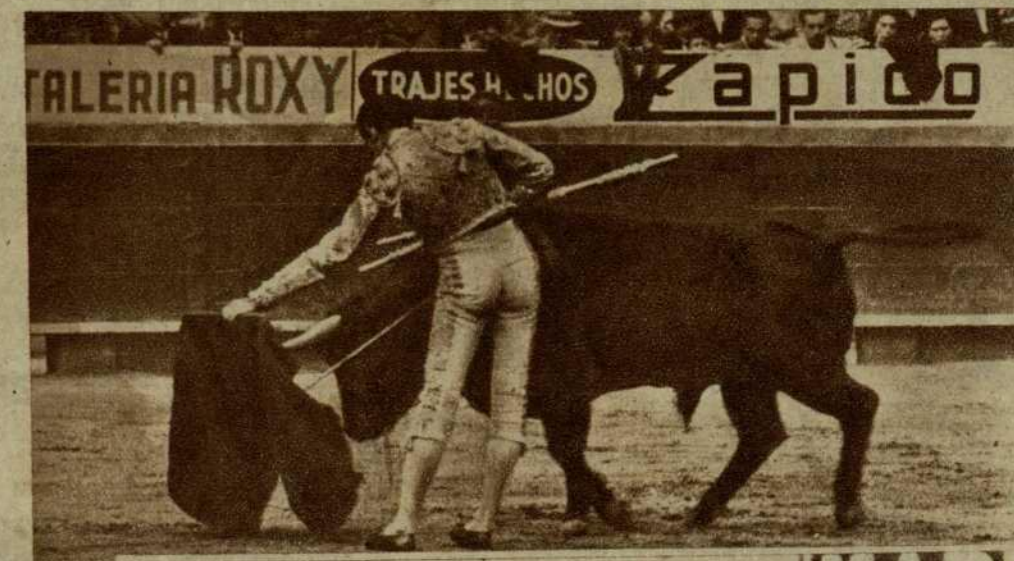


El padrino —Silverio— no tuvo una tarde excepcional, precisamente. Pero consiguió algunos buenos detalles con la capa, como este remate a una serie de verónicas...



... para luego ganarle el terreno y echarle la muleta abajo, a fin de sacar el pase con limpieza...

... como al fin lo logra en este natural. Con la izquierda, claro



En el sexto hizo algunas buenas cosas con la muleta; pero estuvo desafortunado con el estoque



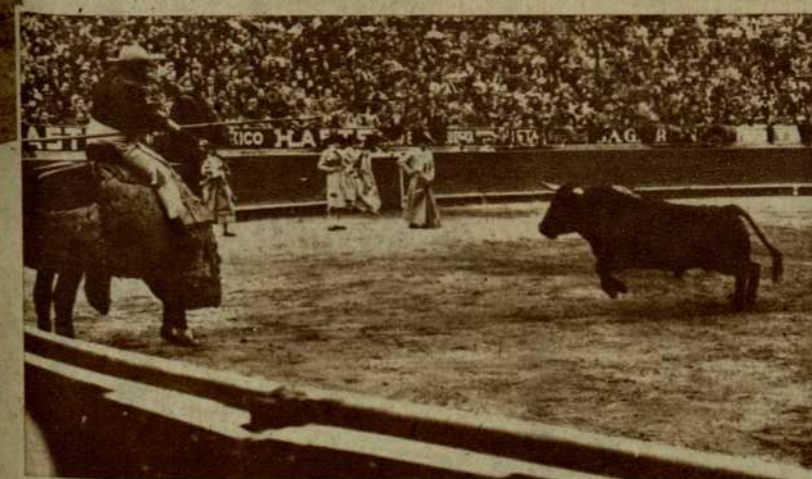
... y el derecho mismo, en el que Silverio Pérez hace revivir lo mejor de su toreo



Tampoco Manolete alcanzó, el día de su presentación, el gran éxito que casi siempre le acompaña. Aun así, fué el buen torero que fué en diversos momentos; como en éste, en que aguantaba y manda con la capa...



Guerrita, que confirmaba la alternativa, no aprovechó las condiciones de su primero, que fué el mejor de la corrida



El picador Felipe Mota, cuando picaba a uno de los toros que le correspondieron a Manolete, y que se le arrancó desde largo...

... resultó cogido a paratosamente. Por fortuna, sin consecuencias, ya que Manolete le hizo el quite. (Reportaje Agencia Cifra Gráfica.)

# La sexta corrida de la temporada en Méjico

En la sexta corrida de la temporada, en Méjico, celebrada el miércoles, día 11 de diciembre, tomó la alternativa, de manos de Lorenzo Garza, el diestro mejicano, de escaso relieve, Leopoldo Ramos, El "ahijao" del Matadero. El apretón de manos de la ceremonia



Lorenzo Garza y Manolete cortan las orejas de sus dos toros en la corrida en que Leopoldo Ramos, El "ahijao" del Matadero, toma la alternativa

La fiesta se celebró el miércoles, día 11, y se lidiaron reses de don Eduardo Iturbide, ganadero de Pastejé



Lorenzo Garza tuvo una buena tarde, y en la faena que hizo al toro Amapolo logró una colección de pases excelentes. Aquí aparece en un derechaizo, obligando mucho al de Pastejé



Ahora es uno de costadillo, componiendo gallardamente la figura...

Y a continuación otro, cargando la suerte y llevando el engaño adelantado

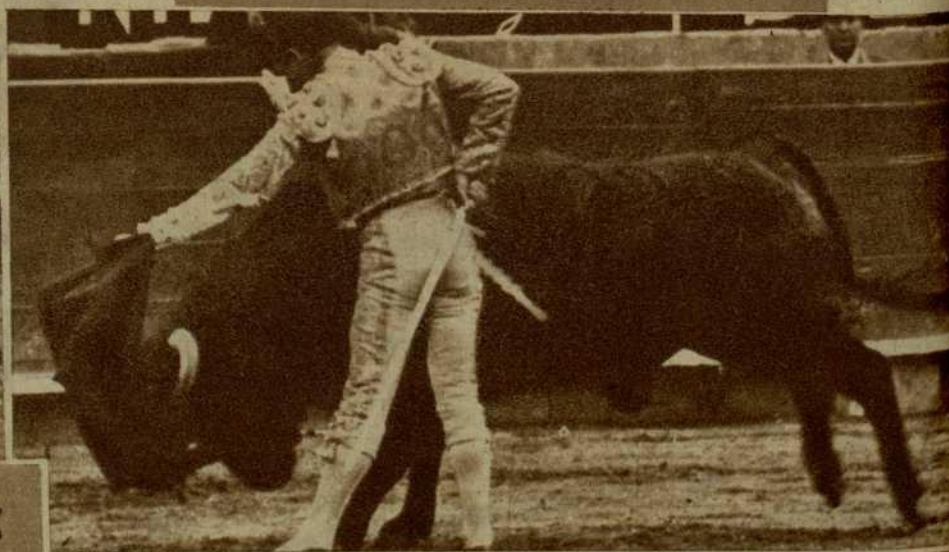


... y otro por alto, en el que el torero de Monterrey ha esperado a su enemigo con los pies juntos



Luego se prepara con el trapo en la mano izquierda...

... y saca el pase, corriendo bien la mano

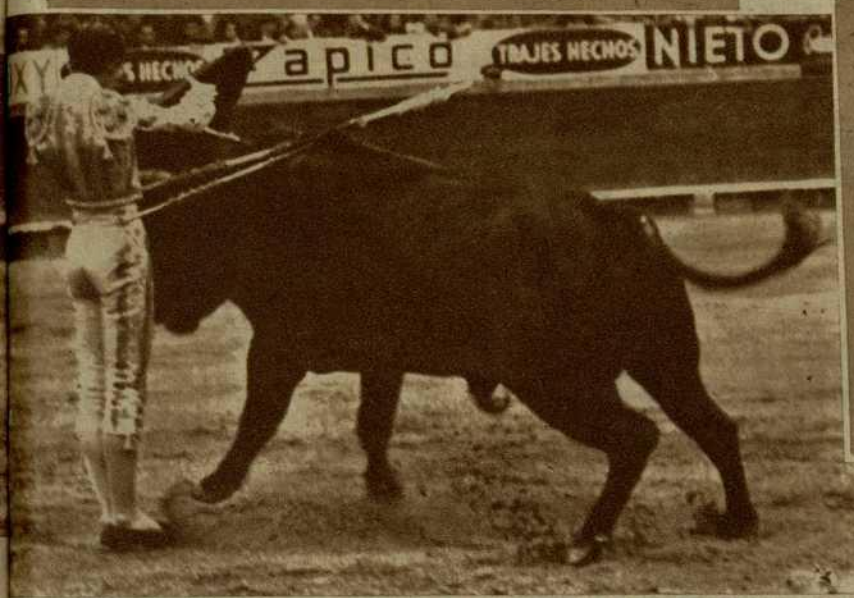




Manolete consiguió también un gran triunfo en esta corrida. He aquí una de las mejores verónicas que dió el «monstruo»...



... seguida de un recorte ceñido y marchoso



Manolete inició la faena al primer toro suyo con un ayudado por alto

En seguida comenzó a torear al natural, como Manolete sabe hacerlo...



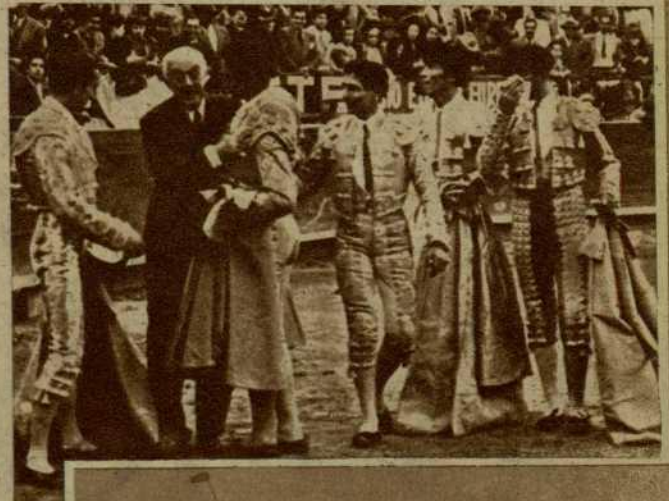
ya emba-  
continuó  
do en el to-  
después de  
jar la espa-  
de madera  
que comen-  
ayudándose



Leopoldo Ramos, El «ahijao» del Matadero, dejó una grata impresión, y sin que le fueran concedidas orejas, toreó valientemente con la capa y la muleta, y estuvo acertado con el estoque



Leopoldo Ramos en un desplante en el toro de su alternativa

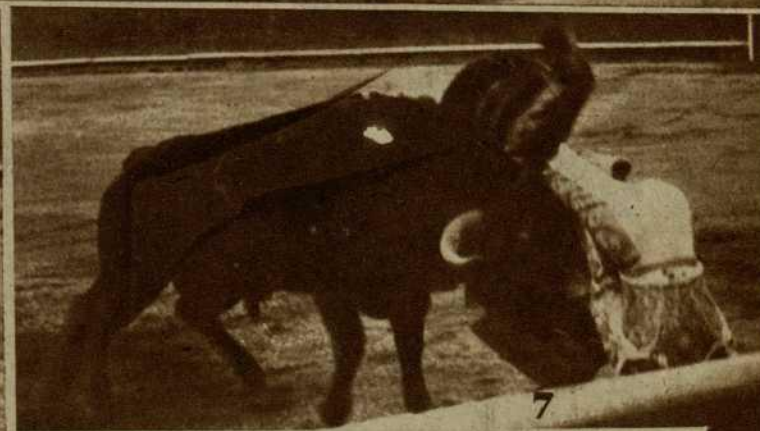
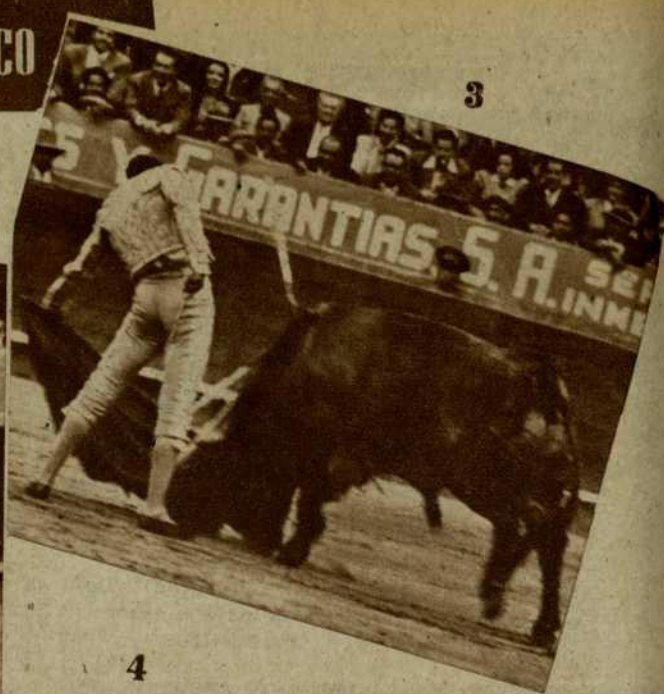
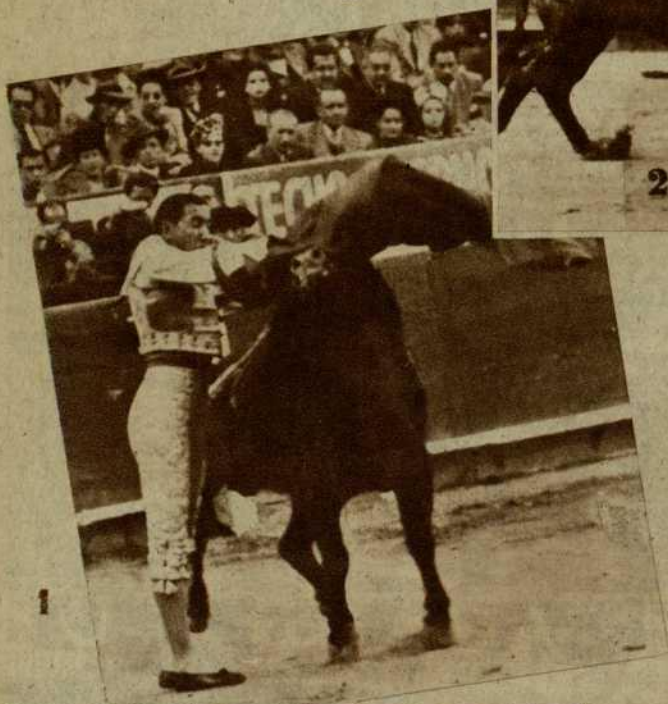


La corrida fué un éxito resonante, al que contribuyeron los toros de don Eduardo Iturbide, el ganadero de Pastejé. Garza, Manolete y Leopoldo Ramos le hacen compartir los aplausos de la «uchedumbre». (Reportaje Agencia Cifra Gráfica.)

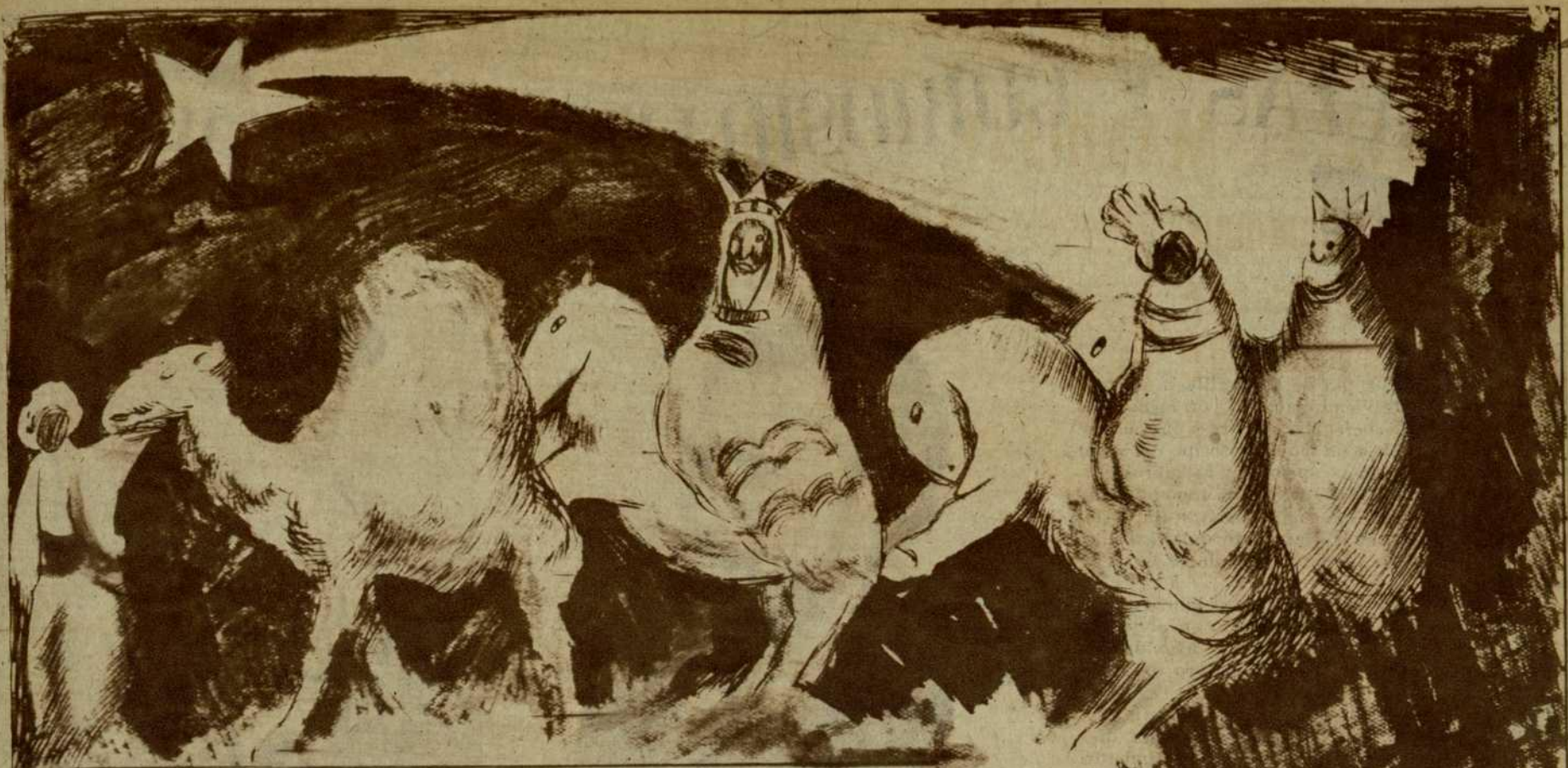


# ARMILLITA, MANOLETE Y CALESERO

lidieron el domingo, día 15, reses de la ganadería de Piedras Negras



1. En la séptima corrida de la temporada, Armillita, el mejor torero mejicano, después de Gaona, estuvo afortunado. La faena a su primero, en el que no acertó con el estoque, la inició con este pase por alto...—2. ... y continuó toreando elegantemente con la izquierda.—3. A su segundo le hizo otra buena faena; tiró con arte del de Saltillo y coronó su labor con una estocada en lo alto, por lo que le fueron concedidas la oreja y el rabo. 4. Manolete toreó con la capa al sexto del modo que refleja la fotografía...—5. ... y con la muleta, de esta manera ceñida y majestuosa.—6. Pero el de Piedras Negras se quedó bastante, y el torero cordobés se impacienta en un gesto que pudiera traducirse como «¿Qué quieren ustedes que haga...?».—7. Hasta que, a puro de insistir, una de las veces sale trompado y volteado, afortunadamente sin consecuencias.—8. Calesero destacó únicamente por su toro de capa en el tercero. Aquí aparece instrumentando una chicuelina...—9. ... y rematando alrosamente con una larga. (Reportaje Agencia Cifra Gráfica).



## LOS REYES MAGOS DEL TOREO

¡También tiene mi torero  
la ilusión del seis de enero...!

Mi torero es como un niño  
a fuerza de ser muy hombre.  
Lleva en su sangre rodando  
la esperanza y el valor.

Y pide a los Reyes Magos  
muleta, capa y estoque,  
para ser de los primeros,  
entre todos el mejor.

¡También tiene mi torero  
la ilusión del seis de enero!

Ya sube la cabalgata  
calle del Príncipe arriba...  
Tres reyes en tres caballos  
vienen su ofrenda a dejar.

Melchor le brinda un capote;  
Gaspar, unas banderillas,  
y el estoque y la muleta  
se los pone Baltasar...

¡También tiene mi torero  
la ilusión del seis de enero.

¡Ay, noche del día cinco!  
¡Alba del seis, alba de oro...!  
Las zapatillas toreras  
esperan en el balcón.

El niño duerme soñando,  
soñando Plazas de Toros  
y los ojos de una novia  
que le roba el corazón.

Con el lucero del alba,  
¡qué alboroto de cristales!  
Madre, ¡no puedo dormirme!  
¡abrid ventanas, abrid!

Y a su nombre —transparente—  
—nombre de Rey y de Arcángel—  
se vuelca por las barandas  
todo el garbo de Madrid...

Mañanita de los Reyes,  
mañanita madrileña...  
La vieja Corte se adorna  
con la corona oriental...

Desde Belén ha venido,  
tras de la española estrella,  
buscando al rey de toreros,  
la cabalgata real...

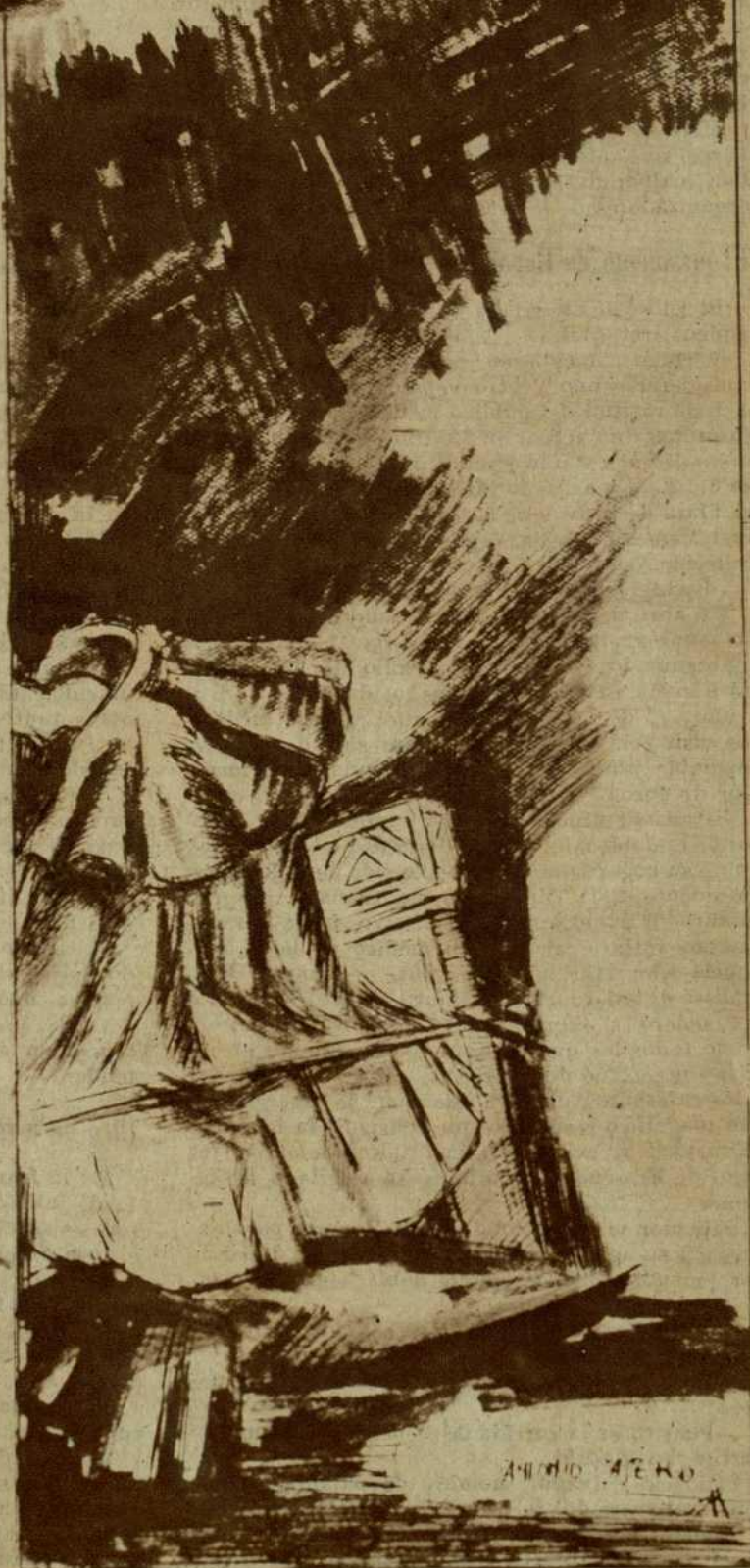
¡También tiene mi torero  
la ilusión del seis de enero!

Capotillo de Melchor,  
banderillas de Gaspar  
y la muleta y estoque  
del negro rey Bastasar...

¡Su regalo es el mejor.  
Madre, ¡que nadie lo toque!  
¡Quiero de nuevo soñar!  
¡No sé cómo me contengo!  
¡Qué ganas, ganitas tengo,  
qué ganas de torear!

¡También tiene mi torero  
la ilusión del seis de enero!

**RAFAEL DUYOS**



# RAREZAS Y CURIOSIDADES DEL TOREO

**Q**UE le pongan un par de banderillas a un toro manso se está viendo, aunque con menos frecuencia de la merecida, cada tres por cuatro. ¡Pero que fogueen a un león, prototipo del valor y de la fiereza, es algo excepcional y asombroso!

Y, sin embargo, el 26 de marzo de 1899 le pusieron dos garapullos de los calentitos a un impresionante rey de la selva en la Plaza de toros valenciana.

Y uno nada más, pero también de fuego, a la leona consorte.

Y aun quedó otra banderilla para hincársela al toro que con ellos estaba encerrado en el jaulón donde debía celebrarse «la terrible lucha de dos feroces leones contra un bravísimo toro de cinco años», según prometían los carteles.

Pero, a pesar del ardiente y detonante estímulo, ni los felinos feroces, ni el bravísimo cornúpeto, dieron la más leve muestra de tenerse resentimiento alguno, por lo que se limitaron a rugir y a bramar respectiva y lamentosamente, hasta que, con escandalizada protesta del público, se dió por finalizado el festejo.

Y cuentan los que conocen el lenguaje de las fieras, que, al traducirse bramidos y rugidos, salían malparados, hasta su quinta generación, los organizadores de la frustrada y repugnante fiesta.

## El juramento de Gayarre y Frascuelo

El coloso de Churriana y el *divo* del Roncal fueron amigos fraternales.

Y como coincidieran, allá por el año 1880, en considerarse uno y otro vejados por la injusta y ceñuda actitud del público madrileño, se juramentaron para no actuar en Madrid durante cierto número de años. Así lo comunicó Gayarre a la Empresa del Real y así se lo hizo saber Frascuelo a la de la Plaza de toros, que regentaba entonces don Rafael Menéndez de la Vega —sucediendo al recién fallecido y popular Casiano—, sin que ninguna de las dos lograra disuadir a los juramentados.

En abril de 1882, es decir, cuando el maravilloso tenor y el coloso del toreo llevaban dos años manteniendo su voluntario exilio de la capital de España, cayeron enfermos los dos hijos de Salvador, y, de tal gravedad, que cuantos médicos los visitaron expusieron su impresión de un irremediable y fatal resultado al popularísimo matador de toros.

Estaba Frascuelo deshecho y vencido por el dolor de la doble e inminente desgracia que iba a caer sobre su hogar feliz, cuando el conde de la Romera, presidente de la Diputación madrileña y tan gran admirador como amigo del diestro, fué a ver, espontáneamente, al glorioso médico de la Beneficencia don Mariano Benavente, eminente especialista de enfermedades infantiles y padre de nuestro señor y eximio autor. Hombre bondadoso, como todos los que rebasan con su talento el humano nivel, fué don Mariano, con el conde, a ver a los enfermitos, de cuya asistencia se encargó, con tan magnífico resultado, que consiguió la inmediata mejoría y, más tarde, la total curación de los hijos de Frascuelo, cuya inmensa alegría es de suponer.

Salvador visitó al conde de la Romera para expresar su agradecimiento y su fervoroso deseo de corresponder al favor que le había hecho, sirviéndole en lo que le pidiese.

—Eso lo vas a demostrar en seguida, Salvador —le dijo el conde.

—En cuanto usted quiera y en lo que usted me pida.

—Pues torea la corrida de Beneficencia, con Lagartijo, en Madrid.

Palideció Salvador, hombre de palabra, al encontrarse entre dos fuegos. De un lado, su gratitud, y de otro, por partida doble, su compromiso con Gayarre y su disgusto con el público madrileño. Y así se lo expuso al presidente de la Diputación.

—No te preocupes —decidió éste—; eso lo resuelvo yo.



Julián  
Gayarre



Frascuelo

Y aquel mismo día telegrafió a Gayarre pidiéndole que anulase el convenio, para que Salvador pudiese torear en Madrid. La contestación de Gayarre fué tan franca y generosa como él mismo, concediendo lo que se le pedía y expresando además que, como Salvador, también estaba arrepentido de la juramentación acordada en un momento de rabieta, ya que por entonces los artistas auténticos no rehuían, sino buscaban, la frecuentación ante el público madrileño.

Y en la memorable corrida de Beneficencia celebrada el 4 de junio del año mencionado, hicieron el paseíllo Lagartijo, Frascuelo, Felipe García y Machío, lidiándose cuatro toros de Veragua y otros tantos de Muruve, constituyendo la fiesta un enorme triunfo para los dos colosos y muy destacado también para sus compañeros de «cuarteto».

Triste efemérides de aquella fecha es la que, tan pronto como dobló el último toro, salió Lagartijo para la estación, donde, sin cambiarse de ropa, tomó el tren de Córdoba, a cuya ciudad llegó con el tiempo justo para recoger el último suspiro de su esposa.

Frascuelo, a pesar de que Gayarre le había librado del compromiso contraído, permaneció sin torear en Madrid dos años más, hasta el 8 de junio de 1884, precisamente en otra corrida de Beneficencia, en la que toda la tarde tuvo el santo de espaldas.

## Otro de leones...

En la francesa ciudad de Roubaix se celebró el 14 de julio de 1889 «la emocionante lucha entre el toro español Venaño —cuya casta se silenció— y el león argelino Goliath».

Hubo lucha esta vez, y bastante enconada, que terminó con la rotunda victoria del toro por k. o. técnico. Quiero decir, y digo, que el león fué sacado del jaulón hecho unos lamentables y desflecados zorros.

Se llenó la Plaza y el empresario del festejo obtuvo una ganancia líquida de 135.000 pesetas.

Y como quiera que la «Corporación de domadores de fieras», herida en su pudonor, por tabla, solicitase una revancha, ofreciendo un león que lucharía contra uno o dos toros y apostando por aquél una fuerte suma, aceptó el empresario, imponiendo la condición de que él elegiría el toro.

Pero el Gobierno francés prohibió la celebración del festejo.



Luis  
Mazzantini

—¡Qué lástima! —comentó el empresario—. Si me dejasen celebrar la lucha, entre lo cobrado en la anterior y lo que percibiría en ésta, iba a ganar más que toreando sesenta corridas de toros... y exponiendo menos.

Porque el empresario en cuestión era nada menos que don Luis Mazzantini...

# Martín Ayneto, chilla desde esta página de EL RUEDO



VAMOS a buscar a un gran aficionado a los toros, al aficionado que lanza sus gritos de protesta o de admiración desde el tendido 9, donde se posa la solera de los fervientes devotos del arte taurino que viven en Madrid. Encontramos a Martín Ayneto en su establecimiento. Para Ayneto, su negocio y los toros son dos cosas de gran importancia en la vida, y las dos las toma con gran seriedad.

Cuando nos presentamos a él y le declaramos nuestras intenciones, nos dice ufano:

—Ya lo creo que soy aficionado... Yo soy el que chilla tanto en el 9.

—Sí, conocemos su apasionamiento. Y quisiéramos saber los motivos de su indignación cuando grita.

—Obedecen casi siempre a motivos justificadísimos. ¿Usted cree que hay derecho a que salgan al ruedo esos toritos debilitados, que

están ya muertos cuando empiezan la faena de muleta?

—Entonces, usted va a los toros a sufrir.

—No. Me gustan mucho, y estoy siempre deseando que los toreros queden bien. Pero, desde luego, la afición ha decaído mucho por causas como la que antes he expuesto, en contestación a una pregunta suya. El toreo ya no es lo que fué. Los toros ya no merecen ese nombre.

—¿Y a quién echa usted la culpa de que los toros sean pequeños?

—Hay que desengañarse; no es culpa de los ganaderos, ni de los empresarios, ni de los gustos del público de hoy, como muchos quieren hacer ver, el que los toros sean pequeños y débiles y se vendan para las corridas antes de tiempo.

—Entonces, ¿a quién culpa usted?

—A los toreros. Son ellos los que no quieren enfrentarse con toros mayores de tres años, y se niegan a torear si es con verdaderos toros y obligan a que se castigue a los animales de una forma inadecuada a su potencia. ¿Que no podrían hacerse las suertes que se hacen ahora con los toros de antes? Excusas... Si el torero tiene valor y agilidad y arte, se atreve y se arrima, aunque el toro sea una catedral. Y al público, al verdadero aficionado, le gustaría más la lidia del toro grande, aunque tuvieran que suprimirse algunas filigranas de las que se usan ahora, fáciles de realizar debido a la calidad de los bichos que se matan.

—¿Qué otras causas cree usted que pueden dar lugar a que la afición decaiga?

—El precio exorbitante de las corridas. Si empresario, ganadero y torero cedieran un poco en favor del público, aumentaría la afición de éste. ¡Y pensar que cuando yo era chico y asistía a las corridas de la Monumental de Barcelona, costaba doce pesetas la mejor localidad! Entonces se podía ir a los toros.

—¿Cuál es la suerte que más le gusta?

—El tercio de quites y la faena de muleta. La suerte de banderillas no me gusta tal como ahora se realiza. Las banderillas deben ponerlas los banderilleros y peones, pero nunca los matadores. Y ahora voy a meterme con las puyas.

—¿No le gusta esa suerte?

—¡Ya lo creo que me gusta! La suerte de varas es una de las más bonitas, y es una verdadera lástima que haya llegado al extremo en que hoy se encuentra. Deben suprimirse los petos. No hay derecho a que se martirice y se destroce a los becerritos que hoy se lidian de la manera que se hace.

—¿Le dan lástima los toros?

—Cuando no se les da la lidia que les corresponde, sí. Me parece un abuso que se los castigue como si fueran toros de treinta y tantas arrobas.

—¿Cuál de los toreros de ahora es el que más le gusta?

—Antoñito Bienvenida. Cuando le sale un toro de su gusto y quiere torear, es probablemente el de mejor calidad.

—¿Qué opina de la mujer en los toros? Quiero decir, de las que torear. Por ejemplo, Conchita Cintrón.



—Ella es, sin discusión, la mejor de cuantas mujeres salen al ruedo. Y la única que me gusta torear a pie. Lo hace bien. Aunque si toreara en público, porque se levantara la prohibición a que, sobre todo, se encuentran sometidas las mujeres, no acabaría de llenar a los verdaderos aficionados su forma de toreo. En resumen, que lo que hace resulta maravilloso, porque es mujer, y solamente mediano si, prescindiendo de la galantería debida a su sexo, se la juzga como torero. En cambio, no se puede negar que rejonea maravillosamente, como ninguna.

—¿Le ha llevado a usted a alguna situación especial su calidad de espectador activo y vociferante?

—Una vez me ocurrió algo gracioso. Desagradable, de ningún modo... En los toros chilla todo el que siente verdadera pasión por ellos.

—¿Y fué?

—Una vez, que fui asesor de una corrida que se celebró en Manzanares. El primer toro que salió al ruedo era cojo, y lo lidiaron sin que el público se diera cuenta de su defecto ni protestara nadie. En cambio, cuando salió el segundo, un grupo de espectadores empezó de pronto a gritar: "¡Cojo! ¡Cojo! ¡Cojo!". El presidente me lo hizo notar con extrañeza. "¿Se ha dado usted cuenta? Al primer toro, que era cojo, no le han dicho nada, y en cambio, a éste..." Entonces yo tuve que aclarar, un poco confuso: "No es al toro a quien gritan cojo, es a mí..." "¿A usted?" "Sí, es un grupo de aficionados de Madrid que me han reconocido y me saludan con el grito que están acostumbrados a oírme proferir desde el 9."

Y con el relato de este gracioso lance termina nuestra conversación con el aficionado popular, que desde el 9 levanta sus protestas en los días de corrida.



## Regresan de Méjico Gitanillo de Triana Chico y Rafael Martín Vázquez

La última novillada del año en Orihuela.-Ha sido vendida la plaza de Linares. El Choni se presentó en Méjico y cortó orejas en sus dos toros.-También Garza triunfó.-Morenito de Talavera Chico y Curro Rodríguez cortaron orejas en Bogotá



Morenito de Talavera ha dirigido en Méjico la tiente de la ganadería de Santín, propiedad del Ingeniero don A. Barbosa. Morenito descansa, en actitud pensativa (Foto Carlos)



El Choni

EL miércoles, día 25, llegaron a Madrid los novilleros Vicente Vega de los Reyes (Gitanillo de Triana Chico) y Rafael Martín Vázquez. Ambos regresaban de Méjico, donde han toreado varias novilladas.

— El pasado jueves, día 26, se celebró en Orihuela una novillada. Las reses, muy mansas y punto menos que ilidiables. Manuel Vicente (Pepiso) hizo a su primero faena breve; a su segundo, al que no se le pudo poner ni una banderilla, y que parecía que había sido toreado antes, le hizo faena de alíño. Jerónimo Espinosa, regular en su primero, fué cogido por su segundo, que era manso. Sufrió Espinosa un puntazo. Pepiso despachó el bicho con habilidad.

— En Hinojos (Sevilla) se celebró el jueves una festiva taurina. Se lidió ganado de González. Manuel Álvarez (Andaluz) estuvo muy bien con capote y muleta y cortó las dos orejas y el rabo. Espartero de Méjico estuvo muy voluntarioso, y fué ovacionado. Manolo Martín Vázquez lidió un novillo muy difícil; salió airoso de su empeño y fué ovacionado. Andaluz Chico hizo faena valiente y torera y estuvo acertado con el estoque. Cortó las orejas y el rabo.

— Felizmente, ha dado a luz un hermoso niño doña María Antonia Párraga, esposa del popularísimo matador de toros Luis Mata. Al recién nacido le serán impuestos los nombres de Luis Jesús. Nuestra felicitación al torero aragonés y a su esposa.

— Se asegura que en las dos corridas de la feria

Bautizo del niño del pleador Ramón Atienza, que fué apadrinado por los vizcondes de Garci-Grande (Foto Mari)

de la Magdalena, de Castellón de la Plana, torearán Pepín Martín Vázquez, Cañitas y Parrita.

— La Plaza de Toros de Linares ha sido vendida al ganadero don Bernardino Jiménez, propietario de parte de la ganadería que fué de Villamarta, en 960.000 pesetas. El señor Jiménez se propone hacer algunas obras y dar impulso a los negocios taurinos en Linares. El inmueble ha sido comprado a los herederos de don Sebastián Izquierdo, fallecido hace un año. El señor Izquierdo había comprado la finca hace treinta años, en la cantidad de 150.000 pesetas.

— En la capital de Méjico, Lorenzo Garza fué padrino de las confirmaciones de alternativa del mejicano Félix Briones y del español Jaime Marco, El Choni. El ganado que se lidió en esta corrida fué de Zotoluca. Félix Briones veroniqueó bien al primero. Inició la faena con dos naturales y uno de pecho y dió luego varios derechazos con temple. Mató de dos pinchazos y una caída. Al quinto le hizo una bonita faena; pero estuvo deslucido al heñir. Garza dió al tercero varios naturales buenos, y a continuación ligó una serie de derechazos extraordinaria. Mató bien y cortó la oreja y dió dos vueltas al ruedo. No estuvo tan afortunado en el cuarto, al que hizo una buena faena por naturales y de pecho, pero con el estoque tuvo que pinchar cuatro veces. El Choni

fué el triunfador de la tarde. Dió al segundo una magnífica serie de verónicas, y con la muleta hizo torerísima faena con la derecha, en la que hubo muletazos en redondo, manoletinas, molinetes y ayudados por bajo, de excepcional calidad. Mató bien y cortó la oreja, dió dos vueltas al ruedo y salió a los medios. Inició la faena al sexto con tres ayudados por alto, muy buenos. Siguió con una serie de naturales y remató con el de pecho. (Ovación.) Continúa muy lucido con la derecha, mata bien y corta la oreja, da dos vueltas al ruedo y sale a los medios.

— En Ciudad Juárez, Manolete y Chicuelín lidiaron reses de La Punta. La Plaza estuvo casi llena, y predominó la presencia de público norteamericano. La corrida dió comienzo con veinte minutos de retraso a causa del mucho público que había en las colas a la hora anunciada para dar comienzo el espectáculo. Manolete recibió a su primer toro con varias verónicas, que fueron aplaudidas. Aunque el toro llegó muy aplomado al último tercio, Manolete, a fuerza de porfiarle, dió algunos muletazos vistosos. Mató de un pinchazo y una estocada. A su segundo lo toreó bien a la verónica. Aprovechando las arrancadas sueltas que dió el animal, Manolete dió algunos muletazos magníficos; pero la faena, y no por culpa del cordobés, no tuvo ligazón. Bastante hizo Manolete con sujetar al bicho, que huía constantemente. Mató de media estocada y el descabello al primer intento. Chicuelín estuvo valentón y se hizo aplaudir en algunos momentos; pero su actuación no tuvo relieve.

— En Bogotá actuó por tercera vez Conchita Cintrón. La Plaza presentaba magnífico aspecto, y el lleno fué absoluto. Los toros, de Vista Hermosa, que lidió Conchita, fueron difíciles y tuvieron mucho nervio. A los dos los rejoneó muy bien, y en ambos puso magníficos pares de banderillas. Pie a tierra, muleteó muy valiente al primero y lo despachó de un estoconazo. A su segundo le hizo faena dominadora y lo mató de tres pinchazos y dos medias estocadas. Fué muy aplaudida. Morenito de Talavera Chico estuvo muy valiente y lucido en sus dos novillos. Cortó las dos orejas de su segundo y dió dos vueltas al ruedo. Curro Rodríguez derrochó valor. Su primero lo cogió aparatadamente. Pasó a la enfermería; pero salió a despachar su segundo. Este le cogió tres veces, sin consecuencias. A este novillo lo banderilleó bien, le hizo una faena valiente y adornada; lo mató bien, cortó la oreja y fué sacado en hombros.

# BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL.



# EN EL AÑO 1764, SE INAUGURO LA PLAZA DE TOROS DE ZARAGOZA, QUE EN FECHA PROXIMA SALE DE NUEVO A SUBASTA

## LA INICIATIVA, EL TESON Y LA ACTIVIDAD DE UN GRAN ARAGONES LA PUSO EN PIE

En el número 126 de EL RUEDO, publicado el 21 de noviembre próximo pasado, anunciamos que, por incumplimiento de contrato de la Empresa de la Plaza de toros de Zaragoza con la Diputación de aquella provincia, sería posible que hubiera rescisión de contrato por parte de la Corporación y se anunciara subasta para el arriendo de la Plaza por un año.

Todo ha ocurrido como nos suponíamos, y el 19 de diciembre apareció el anuncio de la subasta en el *Boletín Oficial del Estado* y en el de la provincia de Zaragoza.

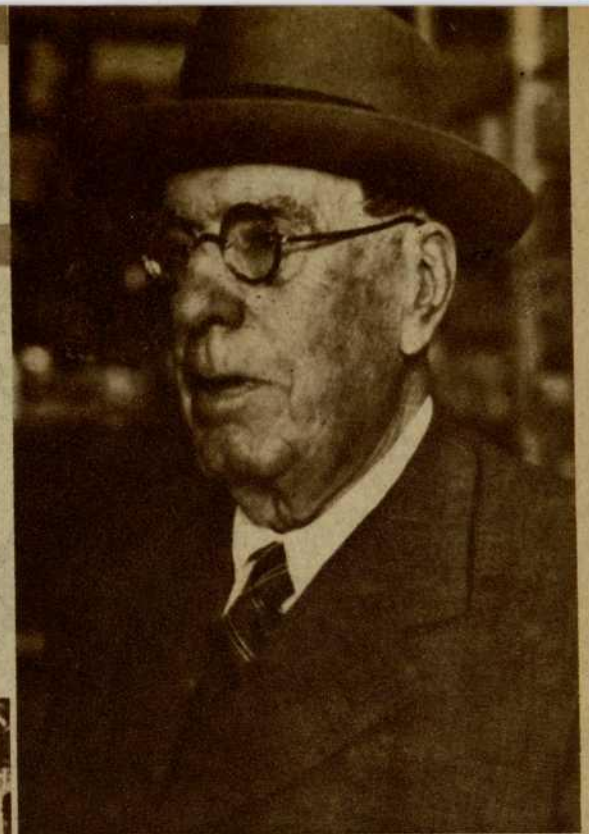
Por tanto, según lo reglamentado, pasados veinte días hábiles, a partir de esa fecha, tendrá lugar el acto público a que aludimos para adjudicar al mejor postor el arriendo de la Plaza de Zaragoza. De esta Plaza, una de las más viejas de España, a la cual circunstancias de pleitos e incidentes ocurridos a su alrededor durante la pasada temporada, la han puesto al final de la misma en el primer plano de la actualidad y del comentario.

La Plaza de toros de Zaragoza ya tuvo en sus comienzos anecdótico curioso, que la crónica de la época recogió cuidadosamente.

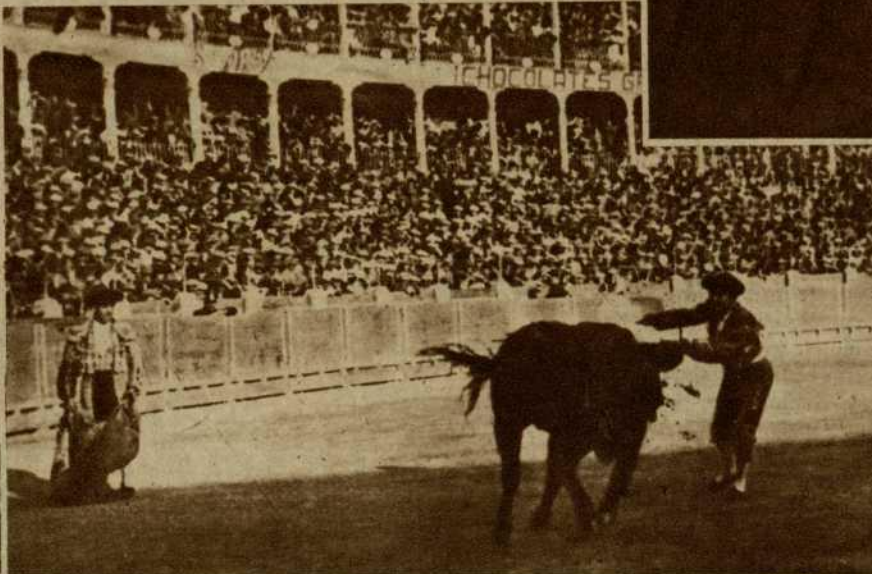
Un hombre ilustre, prototipo de aragoneses, a quien Zaragoza y Aragón tienen que estar agradecidos, hizo que aquella Plaza, cuya edificación iba sufriendo dilaciones sin cuento, se levantara rápidamente. Claro está que no lo consiguió sin luchar con intereses creados y con la pereza de muchas gentes

Se publica, pues, este libro casi dos años después de haberse abierto al culto la nueva Santa Capilla, la que hoy conocemos, acontecimiento que tuvo lugar el 12 de octubre de 1764, siendo las fiestas de aquel año sonadísimas, pues Zaragoza en pleno, con sus autoridades eclesiásticas, aristocracia, milicia y gremios, se ingeniaron para, con magnificencia, ir día por día celebrando festejos que dejaron admirados a propios y extraños que en gran cantidad concurrieron a la ciudad del Pilar.

En este ambiente, acaeció la inauguración de la



Nicanor Villa, torero antes, después ganadero y luego empresario, que regentó con afición la Plaza de Zaragoza en repetidas ocasiones



Plaza de toros de Zaragoza con cuatro corridas que tuvieron lugar los días 9, 14, 19 y 21.

En la relación de Aramburu se da como la primera la celebrada el día 9, aunque hay tratadistas taurinos de reconocida competencia que la dan por celebrada el día 8.

Seguramente que en documentos por ellos consultados así lo leyeron.

En la primera corrida se lidiaron dieciséis toros, cuya ferocidad burlaron, según se dice en las páginas por nosotros leídas, los mejores toreros de a pie y a caballo que se hallaron en toda España, haciéndose suertes con rejones, varas largas y banderillas.

Del torero que se hace mención más preferente es de José Cándido Expósito, aunque se advierte que aquella tarde no estuvo a la altura de su fama.

Entre los toreros que en aquellas fiestas tomaron parte figuraron Ajiniani, Martincho, Manuel y Pedro Palomo, Costillares y Juan Romero, de Ronda, padre del sin par Pedro Romero.

En aquella Plaza, construida por la actividad y el tesón de don Ramón Pignatelli, cabían 8.700 espectadores.

A partir de entonces, el coso taurino zaragozano, uno de los más antiguos, ha sufrido muchas reformas. Las que alcanzó en 1895 le convirtieron en una Plaza nueva, con un aforo de 10.000 personas. Su estado actual data de las obras en ella realizadas en 1917, que dejaron sus localidades en condiciones de dar asiento a 13.000 espectadores.

Como complemento de este reportaje, vamos a dar, a partir de mediados del siglo pasado, el nombre de algunos empresarios que tuvo la Plaza de Zaragoza y lo que abonaron anualmente por el arriendo.

Años 1858-1861, don Juan Cubero, 117.400 reales vellón; 1878-1884, don Juan Antonio Ostalé, 27.513 pesetas; 1885-1892, el mismo, 33.001 pesetas; 1901, don César Lapuente, 26.012 pesetas; 1910-1914, señor Fraile, 28.250; 1915-1917, don Nicanor Villa, 34.012,20; 1922-1926, señores Baile y Fraile, 68.222; 1927-1929, don Ifigo García, 202.000; 1930-1931, señores Pagés y Villa, 202.000, igual que el anterior; 1932-1936, don Celestino Martín, 198.000; 1938, don Vicente Picazo, 90.730; 1939, don Nicanor Villa, 251.250; 1940-1941, don Pedro Balaña, 200.606; 1944-1945, don Manuel Martínez, 320.330; 1946, don Teodoro Cortés, 482.588,20.

Por esta serie de cifras se aprecia cómo el arriendo de la Plaza de toros de Zaragoza ha ido sufriendo aceleradamente de puntuación, sobre todo en estos últimos años.

Ahora hay gran interés por conocer si en esta ascensión se hace un pequeño alto o los números siguen alegremente para arriba. Y eso lo vamos a saber el día 16 de enero, al mediodía, en la Diputación de Zaragoza.

Así era la Plaza de Zaragoza después de la reforma de 1895, hasta la que tuvo en 1917. En el ruedo se ve al valiente novillero Herrerin

La Plaza de Zaragoza, en su visión más moderna.



Don Demetrio Fralle, uno de los más populares empresarios que ha tenido la Plaza de Zaragoza (Fotos Marín Chlвите)



El canónigo don Ramón Pignatelli, inspirador, animador y realizador de estas dos obras de importancia suma: el Canal Imperial de Aragón y la Casa de Nuestra Señora de Misericordia (Hospicio Provincial de Zaragoza), llevó a cabo la construcción de la Plaza, porque su Casa de Nuestra Señora de Misericordia flaqueaba de recursos y había que arbitrarlos, y no en pequeña cantidad, para atender a sus asilados.

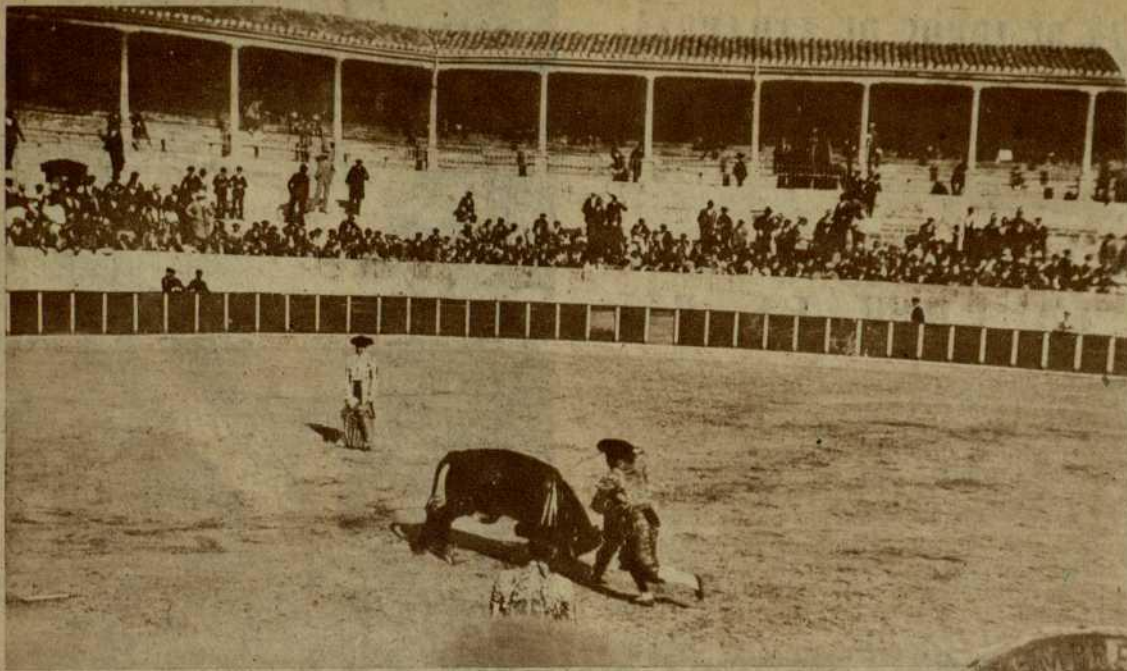
Además, se estaba realizando en el Santo Templo del Pilar la gran reforma, deseada por todos los aragoneses, de proporcionarle a la Virgen una capilla espléndida, a tono con el amor con que le veneraban.

Tal vez acelerando la construcción de la Plaza se llegara a tiempo para que en su ruedo se dieran grandes fiestas taurinas que vinieran a engrosar el programa de festejos profanos con que celebrar el magno acontecimiento.

Algunos de los datos que irán a continuación los hemos tomado de un libro antiguo y curioso, que es la «Historia cronológica de la Santa Angélica y Apostólica Capilla de Nuestra Señora del Pilar, de la ciudad de Zaragoza, y de los progresos de sus reedificaciones».

«Relación panegírica — como también se dice en el introito del libro — de las solemnes fiestas que ha celebrado la misma Augusta Imperial Ciudad con el justo motivo de la erección y descubrimiento del nuevo suntuoso Tabernáculo que se ha labrado en el mismo lugar en que la edificó (la capilla) el Aróstol Santiago el Mayor. Escribiólas de orden de su Ilustrísimo Ayuntamiento y se las dedica al doctor don Manuel Vicente Aramburu».

La dedicatoria del libro está firmada en 24 de junio de 1766. Las aprobaciones y censuras en 29 de enero, 24 de abril, 30 de abril y 15 de junio del mismo año.



# VIEJOS RECUERDOS debidos al "RECUERDO" de una EMPRESA RUMBOSA

**D**URANTE mi reciente y agradable estancia en Málaga —donde he charlado con buenos aficionados, a los que saludo desde estas columnas— ha llegado a mi poder una reliquia numismático-aurina cedida por el Ronquillo, el hombre más popular entre los taurómacos de la bella capital mediterránea.

Consiste el obsequio en una medalla de cobre, cuyo diámetro y grosor viene a ser el de las antiguas monedas de plata de cinco pesetas —aquellos «amadeos» de grato sonido—, y que presenta en el anverso el busto, en relieve, de Frascuelo y Fernando Gómez (el Gallo), y encima de dichas efigies, un reducido emblema taurino, representando una cabeza de toro, así como, debajo de la figura de los matadores, la fecha: 1884; todo ello circundado por la siguiente inscripción: «Recuerdo de la Empresa a los abonados.—Frascuelo-Gallito.» El reverso ofrece, también en relieve, el escudo de Palencia, al que rodea esta otra inscripción: «Grandes corridas de toros en Palencia.—Los días 2 y 3 de septiembre.»

Agradezco la dádiva, tanto por lo que supone de afecto como por su valía en el aspecto histórico, ya que esta clase de «recuerdos» de las Empresas no ha sido muy divulgado.

Contemplando este curioso objeto, no puedo por menos que reflexionar acerca de la generosidad de los empresarios antañones, fundamentada en el respeto y la gratitud que el público merece, ya que con su asistencia a las Plazas y veredictos —equivocados a veces, pero inapelables— es la fuente de donde procede el capital y la fama de los que intervienen en nuestra querida Fiesta nacional.

Guiado por irresistible curiosidad, revuelvo el archivo, ávido de hallar detalles de las corridas perpetuadas en la citada medalla, celebradas en la recatada Plaza de Palencia, cuya edificación —una de las más antiguas de España, y que ha experimentado varias e importantes reformas— se oculta a las miradas del transeúnte, escondida tras altos tapias, contiguos a la Plaza del Mercado. Mi

Momento de una de las corridas celebradas por San Antolín, hace sesenta y dos años. En esta corrida actuaron Frascuelo y el Gallo



Anverso de la medalla a que se refiere en este reportaje el autor



El reverso del mismo medallón

rebusca es satisfactoria al encontrar una vieja fotografía que refleja un instante de aquellos festejos taurinos del San Antolín de hace la tontería de sesenta y dos años, y que no debieron estar muy concurridos —a pesar del regalito— si se juzga por este documento gráfico, y quiero hacer constar que esta Plaza se llena con 8.000 espectadores. En cuanto al resultado artístico, ojeo dos telegramas, dirigidos al que fué popular revistero «Sobaquillo», que copiados literalmente dicen: «Palencia, 2 (7,15 noche).—Los toros de López Navarro, lidiados hoy, dieron bastante juego. Han matado ocho caballos. Frascuelo y Gallo, superiores en la muerte de los toros primero y cuarto.—V.» y «Palencia, 3 (7,30 noche).—Los toros de La Granja, regulares. Frascuelo sufrió un esguince en el pie, y Gallito tuvo que matar cuatro toros, siendo aplaudido. Guerrita, superior.—V.» Otras pesquisas me han dado a conocer que en la primera de las corridas de referencia resultó herido Almendro, con un puntazo en un muslo, y que en la segunda actuaron caballeros en Plaza, que estuvieron bien, y «Tabardillo mató de un rejonazo un toro».

Iniciado el tema de los recuerdos, no puedo sus traerme a evocaciones de aquellas fechas, diciendo que coincidió la celebración de tales festejos con la declaración —el día 3 de septiembre de 1884— de la existencia en España del cólera morbo asiático, lo que hizo que Su Majestad el Rey diera por terminado su viaje por el Norte, regresando a Madrid ante la situación creada, que motivó duras censuras de los liberales al Gobierno presidido por Cánovas, especialmente contra el ministro de la Gobernación, señor Romero Robledo, a quien se achacaba negli

gencia, por no haber adoptado pertinentes medidas sanitarias.

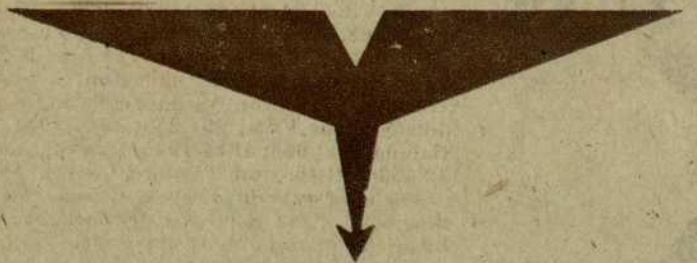
Ya estaba anunciado el cartel de la corrida que había de celebrarse en Aranjuez el día 5 de aquel mes y año, figurando un ansiado «mano a mano» entre Frascuelo y Mazzantini, con reses de Veragua y de don Antonio Hernández. En la afición madrileña cundía el desasosiego, debido a la incertidumbre de si Frascuelo podría torear o no después del tan reciente percance —una ligera relajación en el pie izquierdo— sufrido en el coso palentino. Dudas que se vieron agravadas con el temor de si los asistentes a la corrida pudieran ser fumigados, al regreso, en el Cerro de los Angeles, juntamente con los viajeros procedentes de Levante, en cuya zona, principalmente en Alicante, habían aparecido los primeros infestados de la mortal epidemia. Al fin, una y otra nube se disiparon: Frascuelo torearía, y los que fueren al pueblo de la fresa no serían molestados a la vuelta. Aclarados tan importantes extremos, la gente acudió, presurosa, a la porfiada competencia de aquellas grandes figuras, llenando la Plaza.

Por cierto que a Salvador más le hubiera valido no torear aquella tarde, porque si bien es verdad que mató muy requetebién a Cantinero, de Veragua, lidiado en tercer lugar, pasó lo suyo —y algo más— para terminar con el quinto, Molinero, de Hernández, negro, zaino, corniapretado, que tomó doce varas y despenó seis caballos, haciendo una gran pelea, con bravura y buen estilo; pero, a partir del segundo tercio, cambió por completo la decoración, al convertirse aquel bicho en uno de los toros más difíciles que torearía el diestro de Churriana de la Vega, a quien costó gran trabajo el matar al peligroso animal. El famoso Salvador recordó mucho tiempo a Molinero —con el cariño que es de suponer—, y más de una vez le nombró en las tertulias taurómacas.

He aquí cómo el «recuerdo» de una Empresa rumbosa nos ha servido para hilvanar otros, con los que refrescar la memoria de los viejos aficionados y hacer llegar a los jóvenes algo de lo que sucedió en el pasado siglo.

ROMULO HORCAJADA

## ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

# CUATRO REFritos DE TOROS, por TILU



AFICION

—Le regalo este purito si me deja ver toda la corrida desde aqui, amiguete...



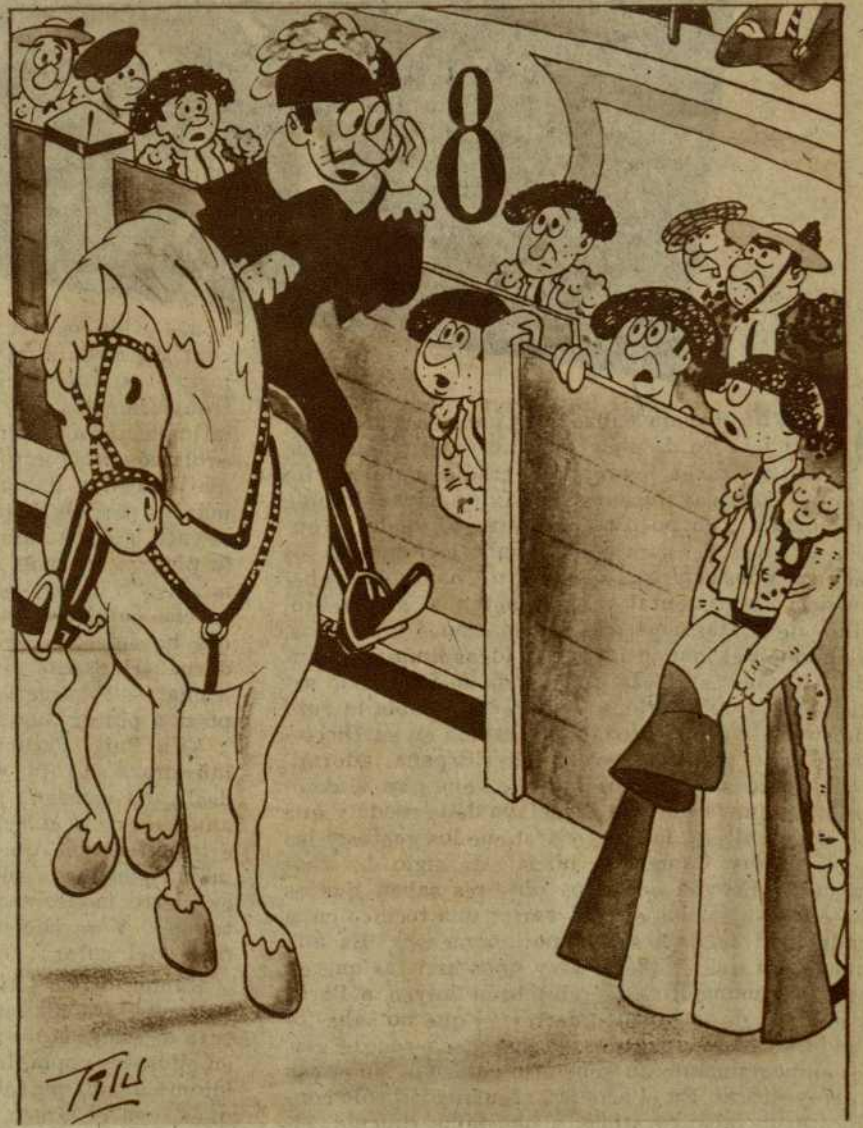
OBEDIENCIA

—Pero, hombre! ¿No me estabas pidiendo que te lo llevase al 9..?



FAENA

—Si, hace toda la faena mirando al público porque no quiere perder de vista a su sastre, que está en el tendido 9.



CONFLICTO

—¿Y qué hacemos ahora? ¡Se le ha olvidado la llave al presidente!



## EL ARTE Y LOS TOROS

### La pintura de Ribas Rius y la moderna escuela catalana



«El palco», cuadro de Ramón Ribas Rius, que en la Exposición Nacional (Madrid-1945) obtuvo tercera medalla

Cuando Ramón Ribas Rius nace en Barcelona, en febrero de 1903, la pintura española, que ha vivido esclava de una tradicionalidad afín con las lentas evoluciones del vivir nacional, tiende a remontar, un poco tardíamente, el vuelo. Francia, después del sarampión romántico, cuando los ánimos y los espíritus se serenaron, cuando las veheencias sentimentales se aquietan y el cerebro, libre de fantasmagóricas alucinaciones funerarias, se lava en el manantial de las ideas limpias; cuando Alemania empieza a creer en un futurismo artístico y a cultivarlo, e Inglaterra cambia la ruta de su destino pictórico dando cabida en su Diccionario a la palabra «revolución», España, adormilada sobre sus propios laureles, empieza a comprender que la pintura es esclava de la moda y que la moda cultiva, impone y sostiene los gustos y las preferencias. Cuando se inicia este siglo de «snobismos», España sabe, los pintores saben que es preciso canjear los estilos, variar una técnica cuya caducidad se deja sentir por momentos. Es una nueva era que empieza. Hay unos artistas que en aquellos momentos de relumbrón huyen a París, y el París de la «avant guerre», el que no sabe todavía de luces apagadas en sus mecheros de gas, les emborracha de un venenoso cubismo. No es esa la trayectoria. En el arte la excentricidad sólo conduce a un falso prestigio, a una fama ridícula, hipotecada y sin base, que se hunde —tal es su debilidad— al más ligero soplo del viento. El arte es siempre inquietud, anhelo de mejorarse, movilidad, insosiego, apatencia de anticiparse a los cá-

nonés estéticos del mañana. De España, justo es confesarlo, Cataluña es la que siente más hondamente esta evolución del arte, esta progresiva transformación que hay que ir dando un poco paulatinamente a la pintura. Pero obsérvese que esta evolución no rompe con los cánones y preceptos que exigen y demandan las nuevas escuelas. No más los perfiles metódicamente estudiados; no más ese atildamiento amanerado para expresar y sentir la pintura; no más el copiarse unos a otros... Renovarse o morir —se ha dicho—. Y las cuatro provincias catalanas rompen el fuego de una pintura que ha de ser la base de la más bella pintura moderna. «Hágase la revolución —y la revolución fué hecha!—. Y surge Terruella, y surge Strany, y empieza a pintar Gussinyé y Morell, y Vidal Rolland, y Vila Puig, Francisco Serra, Carlos Got... Cataluña traza su ruta, y fiel a una íntima, individual y desligada consigna, sin la deliberada y consciente anuencia de la colectividad, nace una escuela única e inconfundible que caracteriza el gran temperamento pictórico, emocional y, en cierto modo, sólo en cierto modo, vanguardista, de los pintores catalanes. Y se hacen maestros de la acuarela, del óleo, del color...

Ramón Ribas Rius siente en un principio la atracción fascinadora y sugestionante de la pintura de los grandes maestros. Para mejor recrearse en ellos, los copia, los va traduciendo, vertiendo al idioma de sus pinceles. Y este contacto con Velázquez, con el Greco, con Goya y con los grandes pintores italianos atenpera y equilibra sus ansias creativas, que puestas en el nivel, en el punto medio, dan como resultado una obra que en punto a modernismos no quiere ir demasiado lejos y que

sin embargo tampoco quiere quedarse atrás, pues sería tanto como acreditar un fracaso de caminante, y el hombre no debe detenerse jamás. Ribas Rius pinta, pinta sin desmayo, sin fatiga, y el resultado es su primera Exposición personal, que realiza en 1932. Tiene el pintor, entonces, veintinueve años. Bodegones, figura, retrato... La figura, sobre todo, le domina, le obsesiona. Citar todos y cada uno de sus cuadros conocidos, y son muchos, sería perderse por la ruta de una crítica global que se sale fuera de la órbita o temática de EL RUEDO.

En la Exposición Nacional de 1945, Ramón Ribas Rius presenta su obra «El palco», con la que obtiene tercera medalla. ¿Qué hay en este cuadro, de tema o asunto tan prodigado en la pintura, para que se destaque y nos seduzca? ¿Acaso la gracia atractiva y simpaticona de la modelo? Hay, aparte de ésta, y aun de otras consideraciones de óptica, algunas muy importantes de ejecución y de técnica. El pincel ha acariciado el lienzo apasionadamente, sensualmente, con esa caricia amplia y pastosa que no quiere detenerse demasiado, porque sabe que en este reposo está el peligro. Las pincladas insinúan la línea, marcan de suavidad el contorno, sujetan la idea pictórica y al fin logran su intento de llevar al lienzo, con la serenidad angusta de lo viejo, la inquietud y el nervosismo de lo nuevo. Que ese juego de emociones del ayer y del hoy, del presente y del futuro, ese ir y venir en línea recta de lo que ha sido a lo que puede ser, debe entenderse como norma y guión en ese bello arte que es la pintura. Cataluña sabe por qué y de qué manera triunfa.

es  
i-  
is  
e-  
a-  
ve  
re  
la  
fa  
se  
O.  
as  
ne  
na  
se  
va  
ca.  
as  
El  
te.  
ue  
ue  
si-  
no.  
ito  
lo  
vo.  
del  
eta  
en-  
que  
na-



JAAVEDRA

Banderillas a caballo



Toreros célebres: Antonio Ballón, El africano

ENRIQUE  
SEGURA